

PÉREZ ESCRICH, ENRIQUE (1829-1897)

EL MAESTRO DE HACER COMEDIAS

PERSONAJES:

JUSEPA VACA.
DOÑA INÉS.
LEONA.
NIÑO 1.º
NIÑO 2.º
ALONSO MORALES.
MAESE SÁNCHEZ.
SALVADOR, viejo de ochenta años.
EL CONDE DE GRANADA.
EL MARQUÉS DE HELICHES.
EL CAPITÁN IBARROLA.
JUAN RANA.
CUADRADO.
REDONDO.
OLMEDO.

Una posadera, un comediante, una comedianta, un ciego, comediantes, comediantas, cortesanos, pajes, guardias del rey, ronda de noche, músicos, acompañamiento, etc., etc.

La acción se finge, los actos primero y tercero, en Madrid; el segundo en Aranjuez, a últimos del reinado de Felipe III.

ACTO I

Interior de una posada en el siglo XVII. Gran puerta al fondo, que da paso a la calle. Puertas laterales numeradas a derecha e izquierda. Una escalera practicable conduce al corredor del piso principal, en el que se ven algunas puertas que dan frente al público. Suspendido de una viga del centro del teatro pende un gran farol. Una ventana a la

derecha de la puerta del foro. Algunas mesas, taburetes y bancos de pino colocados por la escena. Es de noche.

Escena I

EL MARQUÉS, REDONDO y CUADRADO, sentados en derredor de una mesa, comen y beben. JERÓNIMO trabajando de zapatero a la luz de un candil junto a una mesa llena de herramientas de su oficio.

JERÓNIMO

(Dice los primeros versos con esa entonación peculiar de los ciegos cuando recitan por las calles su chácharas y romances.)

«El zurdillo de la costa
»está ya muy consolado,
»de ver a María Heredia
»en la galera remando.
»A malas lanzadas mueras,
»comedianta ringorrango,
»deshonradora de zurdos,
»y zurda de los honrados.
»Porque el pelo no te corten
»cuatro doblones has dado;
»mas donde está lo raído
»poco importa lo rapado».

EL MARQUÉS

¿Oís?

REDONDO

Es nuestro romance,
que en alas la Fama lleva.

CUADRADO

Así de los histriones
castigamos la soberbia.

EL MARQUÉS

La pluma mojáis en hiel.

CUADRADO

Cuando hagan nuestra comedia,
las sátiras serán loas,
y la amarga hiel jalea.

REDONDO

¿Es justo que dos ingenios
como nosotros se vean
postergados? ¿No rendimos
a Plauto y Terencio venia?...

CUADRADO

¿No nos ajustamos siempre
a sus preceptos y reglas?...

JERÓNIMO

«Todo lo tiene bueno la Baltasara;
»todo lo tiene bueno, también la cara».

REDONDO

(Levantando la voz.) No todos lo hacen así,
porque hay quien, del arte en mengua,
pone al servicio del vulgo
su inspiración callejera.

JERÓNIMO

Oigan el nuevo romance
de un melenudo poeta,
tan chato de entendimiento
como angosto de mollera,
que zaherir quiere al gran hombre,
¡al fénix Lope de Vega!...
porque no sé en dónde dijo,
si en cháchara o en tragedia:
«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
»hablarle en necio para darle gusto».

(Aparte a REDONDO y CUADRADO.)

EL MARQUÉS

Es preciso que ese hombre
a nuestro bando se venga;
jefe de los mosqueteros
que en los corrales atruenan,
de mucho servirnos puede.

CUADRADO

Pero es difícil empresa
conquistar a un hombre-vulgo
que al vulgo capitanea.

EL MARQUÉS

Lo veremos. Maese Sánchez

(Dirigiendo la palabra al zapatero después de llenar un vaso de vino.)

en este vaso le espera

un moscatel más añejo

que los coloquios de Rueda.

(El zapatero se levanta, se acerca a la mesa del MARQUÉS, coge el vaso, lo mira al trasluz, bebe con calma, y después de limpiarse la boca con el mandil, dice.)

JERÓNIMO

¡Bueno es la fe!...

EL MARQUÉS

¿Se trabaja?

JERÓNIMO

Poniendo estoy medias suelas

a unas botas de Miguel

Cervantes de Saavedra.

El gran autor del Quijote

poco en la corte pelecha;

con su espada y con su pluma,

pobre fue, pobre se queda.

En cambio hay otros ingenios

(Dirigiendo una sonrisa y una mirada maliciosa a los poetas.)

que a los magnates se pegan

para chuparlos la sangre,

como hacen las sanguijuelas;

poetillas que a la sopa

del Parnaso nunca llegan,

y escriben con hiel romances

contra todo el que se eleva.

EL MARQUÉS

Punzante está el buen Jerónimo.

JERÓNIMO

Como vivo de la lezna

y a más frecuento el teatro,

rozándome con poetas

y cómicos, he aprendido

a hacer sangre con la lengua.

EL MARQUÉS

Mucho queréis a Cervantes.

JERÓNIMO

¡Oh! ¡Le quiero muy de veras!...
porque es un autor que vale
mucho más de lo que él piensa.

EL MARQUÉS

¿Y os paga bien el trabajo?

JERÓNIMO

Pague o no, mientras yo pueda
no ha de llevar botas rotas
ni zapatos sin orejas.
Cuando ayer fui a devolverle
su cinturón de correa,
que a puro de remendado
su origen pierde de cuenta,
mirándome de hito en hito
y moviendo la cabeza,
me dijo entre alegre y triste:
-Llegáis en hora tan negra,
maese Sánchez, que no puedo
pagaros vuestra faena;
pero tomad este tomo
de mi pobre Galatea;
vendedlo por lo que os den,
y os ruego tengáis paciencia,
pues detrás de un tiempo malo,
otro peor nos espera.-

EL MARQUÉS

¡Pobre Miguel!

JERÓNIMO

Sí, tan pobre...
que se reduce su herencia
a una espada enmohecida,
tan gloriosa como vieja;
un traje roto y raído,
una capa con troneras,
por donde huyen esperanzas
y desengaños se albergan;
cuatro sillas, un tintero,
unos libros y una mesa.
Y al hombre que por su patria

perdió una mano en la guerra;
al que, cautivo en Argel,
fue ejemplo de fortaleza;
al que escribió el Don Quijote,
Persiles y Galatea;
al que nos dio en el Parnaso
de su bondad una prueba,
le nombran alcabalero
por única recompensa,
vergonzosa ocupación
para hombres como Saavedra.

EL MARQUÉS

Mucho sabe el zapatero.

JERÓNIMO

Pues, Marqués, no sé de letra;
mas tengo buena memoria,
y como el teatro enseña
y acudo todas las tardes
al corral de la Pacheca,
a fuerza de oír, aprendo;
que al fin algo se le pega
al que anda con comediantes,
cortesanos y poetas.

(El zapatero se sienta junto a su mesa y vuelve a emprender su trabajo.)

EL MARQUÉS

¿Sabéis, mi querido Sánchez,
que a Madrí esta noche llega
Alonso Morales?

JERÓNIMO

Sí,
con su mujer la Jusepa
Vaca.

EL MARQUÉS

Y toda la farándula
que nos traen de su tierra.

CUADRADO

Al fin y al cabo, serán,
comediantes de la legua.

REDONDO

Garnacha, o barco de caña,
que por los pueblos navega
con el equipaje puesto,
por ahorrarse la maleta,
y cobra por cada entrada
un dinerillo a la puerta.

JERÓNIMO

¿Conocéis vos a Morales?

REDONDO

No.

JERÓNIMO

Pues refrenad la lengua,
que cuando el rey Don Felipe
venir a Madrid le ordena
para que en su misma corte
le represente comedias,
algo tendrá el comediante
que hasta un rey su fama llega.

EL MARQUÉS

Sois partidario de Alonso
a juzgar por la defensa
que dél hacéis...

JERÓNIMO

Ya veremos
cuando salgan a la escena:
si son buenos, mucho aplauso;
si son malos, mucha gresca.
Soy vulgo, y el vulgo juzga
por éste (Señalando el corazón.), nunca por ésta.
(Señalando la cabeza.)
Si éste dice que le gusta,
entonces se mueven éstas,
(Juntando con las manos como el que aplaude.)
y es en vano que los sabios
luego hacen con triquiñuelas,
rebuscando defectillos
y comentando las reglas;
pues cuando la infantería
desde los patios atruena,
cuando las mujeres gritan

¡Víctor! desde la cazuela,
cuando las gradas y bancos,
con los aplausos retiemblan,
hay que quitarse el sombrero
y rendir al vulgo venia;
que si una vez se equivoca,
son muchas más las que acierta.
Ahora, con vuestro permiso,
pues Cervantes se impacienta,
voy a concluir sus botas,
que está descalzo, y me espera.
(El zapatero se sienta junto a su mesa y coge su trabajo,
cantando a media voz.)
«Damas hace y graciosas
»María Heredia;
»sal en unos, y en otros

»flor y canela».

Escena II

Dichos, JUAN RANA, OLMEDO y dos comediantes por la puerta del foro con MARIBLANCA la posadera.

JUAN
(Desde el foro, hablando con la POSADERA, que le ha salido al encuentro.)
Buenas noches, Mariblanca.

POSADERA
Señor Juan, buenas las tenga.

JUAN
¿Llegaron los comediantes?

POSADERA
No llegaron, mas se esperan.

JUAN
Tengo ganas de abrazar
a Morales y a Jusepa,
que antiguos amigos son
y gloria de nuestra escena.
¿Quién está allí?

POSADERA

Es el Marqués
de Heliches y los dos poetas
que en el corredor de arriba
hace unos días se hospedan.

JUAN

¡Ah! ¡Las musas del Marqués!...
¡Mala gente!

POSADERA

No es muy buena.

JUAN

Poetillas de aguachirle,
escritores sin conciencia,
ingenios sietemesinos,
que a sueldo ponen su vena
el anónimo empleando
para herir honras ajenas.
¿Vinieron los guitarristas
y los cantores?

POSADERA

Esperan

JUAN

en el portal.
Cuando llegue
la gente...

POSADERA

Yo estaré alerta.

JUAN

Que nada falte.

POSADERA

Está bien.

JUAN

Pon allí en aquella mesa
algo que echar a perder
y un jarro de Cariñena,
porque es sabido que un trago
fortalece la paciencia.

(La POSADERA desaparece y vuelve a salir al momento con un jarro, vasos y algunos comestibles, que coloca en la mesa que se halla al extremo opuesto de la que ocupa EL MARQUÉS. JUAN se dirige a la mesa seguido de OLMEDO, aparentando no haber visto al MARQUÉS, y dice levantando la voz.)

JUAN

Pues sí, amigos, es Alonso
el príncipe de la escena;
Claramonte le apellida
maestro de hacer comedias,
y Claramonte es un hombre
cuya opinión se respeta.

OLMEDO

Pues hay quien dice que Alonso
al hablar tartamudea.

JUAN

Un ingenio cabelludo,
mal zurcidor de comedias,
desecho de los corrales
antes que fama adquiriera,
una sátira escribió
en tercetos que apedrean,
para decirnos que Alonso
no sirve para la escena.

OLMEDO

Dicen que masca las frases
como si fuesen de cera.

JUAN

Envidia, lepra del alma
que a los hombres envenena
cuando contemplan de abajo
al que brilla, al que se eleva.

OLMEDO

El conde Villamediana
también sus vicios afea.

JUAN

Pero en cambio, le enaltece
el gran Lope de la Vega.
(Se quita el sombrero y le imitan los comediantes que le rodean.)

OLMEDO

Ante ese nombre me callo.

CUADRADO

(Aparte al MARQUÉS.) ¿Oís, Marqués, la defensa que hacen de Morales?

EL MARQUÉS

Sí;

cómicos son que le esperan
para trabajar con él;
gente, en fin, de su ralea,
que con un barco de caña
han recorrido la legua.
Venceremos.

REDONDO

¿Quién lo duda?

EL MARQUÉS

Mas no olvidéis que interesa
ir reuniendo las sátiras.

CUADRADO

Eso corre de mi cuenta.
Villamediana y Quevedo
pondrán en juego su vena
pintándonos de relieve
las virtudes de Jusepa;
y como Alonso es celoso,
será la victoria nuestra.

JUAN

¡Calla! ¡Es maese Jerónimo!
(Dirigiéndose al zapatero.)
Ahí tenéis al Mecnas
de los cómicos, al Vargas
Machuca de las comedias.

JERÓNIMO

No tanto...

JUAN

Hoy llega Morales.

JERÓNIMO

¿Sí? Que sea enhorabuena.

JUAN

De oficio le llama el rey
a la corte, que en las fiestas
reales ha de poner
una comedia de Vega.

JERÓNIMO

Allá veremos si Alonso
vale lo que se vocea.

JUAN

Gran fama goza.

JERÓNIMO

La fama
miente mucho, por ser hembra.

JUAN

Pues por lo mismo, maese,
debemos rendirle venia.
Mas ¡calle! ¡Señor Marqués!

EL MARQUÉS

¡Juan!

(JUAN RANA, los comediantes, EL MARQUÉS, CUADRADO y REDONDO bajan al proscenio, saludándose afectuosamente. MAESE JERÓNIMO les dirige una mirada y sigue trabajando, pero sin perder ni una sola palabra del diálogo. El actor que desempeñe este papel debe procurar entretener con cierta discreción cómica todos los mutis que tiene.)

JUAN

Perdone vucencia.

EL MARQUÉS

¿Se viene a esperar a Alonso?

JUAN

Me encargó le dispusiera
interina habitación,
mientras casa se le encuentra.

EL MARQUÉS

(En tono de burla y saludando a JUAN con afectación cómica.)

Aquí os presento a Juan Rana,
gloria y prez de nuestra escena,
favorito de la corte
y amigo de la nobleza,
cuyo talento y donaire
tanto en palacio se aprecia,
que hasta el rey le honró una noche
convidándole a su mesa.
Algunas damas le temen
por su viperina lengua,
pero muchas más le buscan
y en oírle se recrean;
que el ingenio es don del cielo,
de gran valor en la tierra.

JUAN

(Le saluda respetuosamente, y siguiendo el mismo tono de burla, dice.)

Gracias, Marqués; mas es justo
que os pague en igual moneda;
que el que lisonjas recibe,
debe también devolverlas.
Aquí os presento al Marqués
de Heliches, noble Mecenas,
gran protector del teatro,
aunque más que de ellos, de ellas;
sobrino del Conde-Duque
y casado con la Cerda;
que en esta corte de España,
grave por demás y austera,
donde se halla en su zenit
la golilla y la reserva,
él vive alegre, montado
en las costumbres francesas,
sin temer al qué dirán
ni importarle la etiqueta.
Él nos trajo las tres gracias
de la toledana vega,
enriqueciendo el teatro
de nuestra corte con ellas;
pues las hermanas Andrade,
a quien llaman las tenientas,
soles son que resplandecen
por su ingenio y su belleza.
De las tres, no sé si es Ana,
Feliciano o Micaela

la mejor, pues son mejores
las tres cuando representan,
y mucho mejor cuando hacen
en su casa las comedias,
con ese traje que Hipérides
a Frine nos representa.

EL MARQUÉS

Añadid, maese Juan,
(Con altivez, pero procurando dominarse.)
en vuestra picante arenga
que soy el hombre más feo
que por Madrid se pasea,
y será de mi persona
la pintura más completa.

JUAN

Si os ofendí, perdonad...

EL MARQUÉS

Sois el bobo en las comedias,
y al bobo se le concede
para las chanzas licencia.

JERÓNIMO

(Levantando la voz y con cierto tonillo dice, a tiempo que machaca la suela precipitadamente.)

Aquí huele a chamusquina.
¿Quién de usarcedes se quema?

(Se oye por el fondo ruido de un carruaje, voces, mucha animación. Cruza por el fondo un gran carromato, al que siguen algunos curiosos con guitarras, panderetas, etc., etc., etc.)

LEONA

(Gritando desde dentro del carromato.)
¡Sooooó! ¡Detengan la galera
de los cómicos reales!...

JUAN

¡Ellos! ¡Jusepa! ¡Morales!...

(Se dirige corriendo hacia el foro, seguido de OLMEDO y los comediantes.)

VOCES

(Dentro.) ¡Víctor!

JERÓNIMO

(Aparte.) Ya llegó la fiera
al patio de la posada.

EL MARQUÉS

Vamos, si gustáis, arriba,
que algo es fuerza que se escriba
celebrando su llegada.

(CUADRADO enciende un velón y sube, seguido del MARQUÉS y REDONDO, al
corredor del piso principal, entrando los tres en la puerta del centro; JERÓNIMO los mira
de reojo y dice con cierta entonación, como si cantara.)

JERÓNIMO

Tres eran, tres, las hijas de Elena;
tres eran, tres, y ninguna era buena.

(Se oye música de sonajas, panderetas y guitarras en el foro, y una voz que canta lo
siguiente.)

VOZ

Ya ha llegado a la corte
Jusepa Vaca,
que es de los comediantes
la flor y nata.
Viene con ella
el divino maestro
de hacer comedias. (Cesa la música.)

Escena III

JERÓNIMO trabajando junto a su mesa. Por el foro ALONSO, JUSEPA, LEONA,
JUAN, OLMEDO, la POSADERA, comediantes, comediantas, etc., etc., etc. Todos
rodean con muestras de alegría a ALONSO y a JUSEPA.

ALONSO

Gracias, Juan! ¡Gracias, señores!

VOCES

¡Víctor! ¡Víctor!...

JUAN

¡Bienvenidos!

LEONA

(Con gravedad cómica, colocándose en medio de todos.)

Aquí estamos reunidos
los comediantes mejores.
Bien puede quedar contento
con ellos su majestad,
pues reúne esta trinidad
ingenio (A JUSEPA.), gracia (Señalándose ella misma.),
y talento. (Por ALONSO.)
Y si aquí me alabo yo
entre parientes y extraños,
es porque hace muchos años
que mi abuela se murió. (Saluda.)

ALONSO

¡Calla, loca!

LEONA

¡Punto en boca!
El galán manda que calle,
y aunque por charlar estalle
callo, pues me llama loca.

JUAN

(Señalando a LEONA.) Y esta rapaza, ¿qué tal?

ALONSO

Es, si loas representa,
picante cual la pimienta,
salada como la sal.

LEONA

¿Cómo queréis que no sepa
dar a una loa intención,
cuando mis maestros son
Morales y la Jusepa?..
De niña me recogieron (Con ternura.),
con tierno amor me criaron,
lo que sé me lo enseñaron,
cuanto tengo me lo dieron.
Y tanto es lo que les quiero,
que la gratitud me ahoga.
(Cambiando de repente en tono cómico.)
En fin, yo soy una sogá
que va detrás del caldero.

JUSEPA

¡Ven! ¡Me sofoca tu calma!
Charla y charla, has olvidado
que en la galera han quedado
tres pedazos de mi alma.

(JUSEPA y LEONA se dirigen precipitadamente hacia el foro.)

JUAN

Pues ya en la corte te hallas,
¡fortuna y prosperidad!...

ALONSO

Mucho temo, a la verdad,
las teatrales batallas.

JUAN

¿No ves aquel zapatero?

ALONSO

Sí.

JUAN

Es un hombre importante.

ALONSO

¡Bah!

JUAN

El Júpiter tonante,
el terrible mosquetero.
Con su gente es el terror,
el fiero huracán que estalla,
es el vulgo, que avasalla
al cómico y al autor.

ALONSO

Juan, no prosigas la historia,
pues me enseña esa pintura
el dolor y la amargura
y la prosa de la gloria.

Escena IV

Dichos, JUSEPA, LEONA, el viejo SALVADOR y dos niños, formando un grupo, aparecen en el foro. El anciano se apoya en los brazos de LEONA y JUSEPA.

JUSEPA

(Desde el foro.) ¡Plaza al cómico más viejo
que hoy en los teatros queda!
¡Al discípulo de Rueda!
¡Al maestro de Vallejo!

ALONSO

¡Mi padre!

(Corre a su encuentro. Todos les abren paso, y llegan dulcemente abrazados hasta el proscenio.)

Larga jornada
para vuestra edad ha sido.

SALVADOR

¡Hijo mío, no has querido
que me quedase en Granada!...

ALONSO

¡Separarme yo de vos!...
¡Dejaros siendo tan viejo!...
Padre, ése es un consejo
que nos veda seguir Dios.
Connmigo habéis de vivir,
siempre connmigo hais de estar,
veros quiero al despertar,
veros antes de dormir.
Lejos de vos, la zozobra
mi corazón sobresalta,
pues me parece que os falta
todo lo que a mí me sobra.

SALVADOR

¡Soy una carga pesada!
¡Tullido! ¡De años cargado!...

ALONSO

Dejad que os vea a mi lado,
aunque no servís de nada.

(ALONSO debe recitar el parlamento con esa ternura filial que nace del fondo de un alma agradecida y cariñosa, procurando llevar la convicción al público de que existe el puro y dulce amor de la familia entre los hijos del arte.)

¿Tullido no estaba yo
desde el día en que nací
hasta aquel en que cumplí
seis años? ¿Quién me cuidó?
¿Quién sufrió con santa calma
los males del pequeñuelo?
Vos, padre, y la que en el cielo
está. ¡Madre de mi alma!...
Dejad pues, por mi salud,
que yo os pague con cariño
todo lo que os debe el niño
de amor y de gratitud.
Dejad, pues, vanos desvelos,
que no me han de convertir;
vos ya no podéis vivir
sin ver a estos pequeñuelos.
Ellos os prestan calor,
ellos son vuestra alegría,
sin ellos no hay poesía
para un anciano señor.
Pues son infancia y vejez
crepúsculos diferentes
que se envían sonrientes
su hermosa luz a la vez.
Y mientras uno no advierte
que da un paso hacia la vida,
mirándole el otro, olvida
que da un paso hacia la muerte.
En su amistad no hay engaños;
si riñen, no rompen lanzas;
y aunque uno ríe esperanzas
y otro llora desengaños,
cuando se juntan los dos
hay algo que fortalece,
que sube al cielo, y merece
una sonrisa de Dios.
¡Tronco añoso! (Por el viejo.) ¡Verde rama!
(Por el niño más pequeño.)
vivid juntos para amar.
Ahora, a comer y a rezar;
luego, del rezo a la cama;
y dormid sin que el afán

del porvenir os espante,
que aquí queda el comediante
para ganáros el pan.

(Movimiento general de cariño hacia ALONSO; éste besa la frente de su padre y a los niños, y los acompaña hasta la puerta del cuarto, por donde desaparecen JUSEPA, LEONA, el viejo y los niños. ALONSO despide a los músicos y acompañamiento, que se van por el foro. MAESE JERÓNIMO guarda las herramientas, coge las botas, la capa, se enjuga los ojos y se levanta diciendo.)

JERÓNIMO

¡Me ha conmovido, y entiendo
que hombre de bien y buen hijo
es buen cómico, de fijo;
éste (Señalando al corazón.) me lo está diciendo!
(Luego, dirigiéndose a ALONSO, que vuelve a la escena.)
Señor Morales, yo soy
jefe de los mosqueteros,
de cómicos y copleros
el terror; mas desde hoy,
que con gozo os he escuchado,
vuestro soy con alma y vida,
que esta lágrima perdida
(Llevándose una mano a los ojos.)
me dice: ponte a su lado.
Ya no temáis las derrotas
que os preparan los danzantes;
y adiós, que Miguel Cervantes
está esperando sus botas.

ALONSO

La amistad que me brindáis
acepto con alegría.
(Se dan las manos.)

JERÓNIMO

Sabréis lo que vale el día
que al escenario salgáis. (Vase por el foro.)

Escena V

ALONSO, JUAN y OLMEDO.

JUAN

Buen principio!

OLMEDO

¡Sí, pardiez!...

ALONSO

El apoyo que me ofrece
acepto, que en todas partes
ganar amigos conviene,
porque un cómico, señores,
es la víctima paciente
que el mal humor del que paga
sufre resignado siempre.
Y si de silbas o sátiras
se le antoja defenderse,
le mandan luego a la cárcel
y le multa el presidente.
¡Ah! ¡Qué bien que dice Rojas
cuando en su romance advierte
que «no hay vil negro en España
»ni esclavo en Argel se vende,
»que no tenga mejor vida
»que un farsante y mejor suerte.
»Escribiendo y estudiando
»desde las cinco a las nueve,
»y de las nueve a las doce
»se están ensayando siempre:
»comen, vanse a la comedia,
»y salen de allí a las siete.
»Y cuando han de descansar
»los llaman el presidente,
»los oidores, los alcaldes,
»los fiscales, los regentes,
»y a todos van a servir
»a cualquier hora que quieren.
»Que esto es aire: yo me admiro
»cómo es posible que pueden
»estudiar toda su vida,
»y andar caminando siempre,
»pues no hay trabajo en el mundo
»que pueda igualarse a éste;
»con el agua, con el sol,
»con el aire, con la nieve,
»con el frío, con el hielo,
»y comer y pagar fletes:
»sufrir tantas necedades,

»oír tantos pareceres».

JUAN

Gran verdad dices, Alonso.

ALONSO

¡Ah, querido Juan! A veces
cuando hipócritas malvados,
de esos que rezando ofenden
a Dios, nos llaman histriones,
y piden que se nos niegue
la sagrada sepultura
como judíos y herejes,
en mi pecho el entusiasmo
por la gloria desfallece.

JUAN

Y cuando el público se halla
de tus palabras pendiente,
y lo haces sentir y llora
y te aplaude y se conmueve
y ruge y te victorea,
di, Alonso, ¿qué es lo que sientes?

ALONSO

Siento una voz que me dice:
Comediante, el ruido ése
es el arte que se venga;
es la inspiración, que viene,
compañera de la gloria,
a ampararte y protegerte;
es el bálsamo que cura
las heridas que te infieren;
es el eco de la fama,
que cariñoso te advierte
que mañana han de ensalzarte
los que hoy hundirte pretenden.
Todo está recompensado.

JUAN

Todo, sí, menos la muerte,
porque traidora nos quita
lo que devolver no puede.

ALONSO

¡Quién sabe lo que hay después

de esa parca que se teme!
Pero cuestiones son éstas
que discutir las no deben
los cómicos, pues la Santa
en mala opinión los tiene.
Y ahora dadme vuestra venia,
permitidme que me ausente,
pues el conde de Granada
saber que he llegado debe,
y a tan noble protector
es justo que me presente
con el polvo del camino,
a decirle que me tiene
esclavo a su voluntad,
cautivo de sus mercedes.

JUAN
Nosotros te acompañamos.

ALONSO
Acepto.
(Dirigiéndose a la puerta de la habitación de JUSEPA.)
Jusepa, breves
instantes voy a salir.

Escena VI

Dichos y JUSEPA.

JUSEPA
¡Tan tarde!

ALONSO
¡Bah! No te inquietes;
voy a ver al Conde.

JUSEPA
Dile
que por él ruego a Dios siempre,
con mis hijos, con tu padre,
que con el alma le quieren.
Y si vieras a su esposa,
mi noble hermana de leche,
dile que mañana iré

a verla.

ALONSO

Adiós; no me esperes.
(Dándola un abrazo.)

JUSEPA

No me acuesto que no vengas;
mas aguarda que te arregle
un poco. (Le limpia la golilla y los puños.)

ALONSO

(En voz baja y haciéndole una caricia.)
¡Presumidilla!
Cierra bien cuando me aleje,
que eres por demás hermosa
y en la corte hay mala gente.

JUSEPA

¡Bah! ¡Soy madre de tus hijos!

ALONSO

Quien bien ama, celos tiene.

JUSEPA

Injustos.

ALONSO

¡Pero atormentan!

JUSEPA

Sin motivo.

ALONSO

¡Y enloquecen!
(Acercándola hacia sí, dice en voz baja.)
El fénix Lope de Vega
ha dicho, Jusepa, que eres
la cómica más gallarda
y hermosa que España tiene.
En el jardín del teatro
las flores son las mujeres,
cuyo perfume los hombres
por vanidad apetecen.
Guarda el tuyo para mí
y quíereme siempre, ¡siempre!...

que amándome me das vida,
y no amándome, la muerte.

JUSEPA
¡Anda, tonto!

ALONSO
(Queriendo abrazarla.) ¡Que me quieras!

JUSEPA
¡Que no estamos solos!... Vete.

(JUSEPA le acompaña hasta el foro, a cuyo tiempo entra DOÑA INÉS vestida de hombre, con el embozo subido. ALONSO se detiene a mirarla con marcado recelo. EL MARQUÉS, REDONDO y CUADRADO se asoman al corredor del piso principal.)

EL MARQUÉS
El campo nos dejan libre.

DOÑA INÉS
¡Fatalidad! ¡Cuánta gente!
Si me conocen...

JUAN
(Desde el foro.) ¡Alonso!
¿Vamos?...

ALONSO
(Distraído y mirando a DOÑA INÉS.)
¿Quién será este
embozado?

EL MARQUÉS
(Desde arriba.) Aún no se fueron

arriba.

(Se ocultan los tres en el cuarto, dejando la puerta entreabierta para ver lo que pasa en la escena.)

JUSEPA
¡Cuánto me quiere!...

Escena VII

JUSEPA junto a la ventana, DOÑA INÉS en medio del teatro. Durante esta escena EL MARQUÉS se asomará de vez en cuando a la puerta de su habitación.

DOÑA INÉS

Tiemblo y me aterra el pensar
que me pueden conocer.
Si el Conde llega a saber...
¡Oh! Es preciso terminar.

JUSEPA

(Desde la ventana.) ¡Siempre celos! ¡Ay de mí!
¡Cuando por él mí alma vive!...

DOÑA INÉS

En la carta que me escribe
me exige que venga aquí.
¡Ea! ¡Acabemos!... ¡Valor! (Dando un paso.)
Tengo miedo... tengo frío... (Deteniéndose.)
Pero es preciso, Dios mío,
que está en sus manos mi honor.

(Se dirige hacia la puerta número , a cuyo tiempo JUSEPA se dirige también a su habitación. Se encuentra con DOÑA INÉS, la que da un grito y se queda desembozada. JUSEPA retrocede, la mira, duda y dice.)

JUSEPA

¡Vos aquí! ¡Vos disfrazada!
¿Qué es esto?

DOÑA INÉS

El cielo te envía.

JUSEPA

¡Tiembra vuestra mano fría!
¡De mí apartáis la mirada!
Decidme... ¿por qué calláis?
¿Quién turba vuestro reposo?
¿No os ama ya vuestro esposo?
¿O es que vos ya no le amáis?
¡Alzad la frente abatida,
responded aunque no os cuadre,
que en los pechos de mi madre
ambas bebimos la vida!
Vos condesa, yo villana,
no os ofendáis aunque os riña;

recordad que siendo niña
me llamabais vuestra hermana;
pensad la dicha infantil
de nuestras cunas; y aunque era
mi cuna tosca madera,
la vuestra rico marfil,
hasta mi cuna os veníais,
y cuando en mi cuna estabais
con ternura le abrazabais,
en mis brazos os dormíais,
y os hallaban sonriente
cuando nacía el sol bello,
con vuestro brazo en mi cuello
y vuestra boca en mi frente.
Si aquel amor recordáis,
hablad, no me ocultéis nada.
¿Por qué os hallo disfrazada,
condesa? ¿Por qué tembláis?
¿Por qué acobarda el rubor
vuestro rostro conturbado?
¿Quién está aquí amenazado,
vuestra vida o vuestro honor?

DOÑA INÉS

(Con resolución.) Los dos.

JUSEPA

(Aterrada.) ¡Ah!

DOÑA INÉS

(Dirigiendo una mirada en derredor.)

Jura guardar

cuanto aquí vas a saber.

JUSEPA

¡Lo juro!

DOÑA INÉS

Puedes leer. (Dándola una carta.)

JUSEPA

¡Condesa!... Me hacéis temblar!

(JUSEPA se acerca a la mesa, donde habrá un velón encendido, y comienza a leer la carta con voz conmovida.)

«Si la ausencia no ha borrado
de vuestra frágil memoria
un juramento sagrado,
oíd, condesa, la historia
de una dama y un soldado.
No muy lejos de esta villa,
del río en la fresca orilla,
flor perdida en la pradera,
se halla una ermita sencilla
donde a Jesús se venera.
Allí los amantes van
cuando amor su pecho inflama,
y allí fueron con afán
un soldado y una dama
la velada de San Juan.
Detienen ambos la planta
al ver bañado de luz
un altar que se levanta,
y en el altar, puesta en cruz,
de Cristo la imagen santa.
Cubre sus sienes divinas
una corona de espinas,
y por el hierro deshecho
entre gotas purpurinas
muestra una herida su pecho.
Al pie de este santo altar
la dama se puso a orar,
y después con firme acento
hizo a Cristo un juramento
que le vengo a recordar:
-Por esa sangre, Señor,
que veo en tu frente impresa,
juro guardarle mi amor,
y si falto a mi promesa,
quítame vida y honor.-
Esto ante Cristo juró,
y con amante arrebatado
del casto seno arrancó
un medallón y un retrato,
que al soldado le entregó.
-Parte a la guerra de Hungría,
le dijo, do el rey te envía
a defender nuestra fe;
contigo va el alma mía,
pues nunca te olvidaré.-
Luego del templo salieron,

en el bosque se internaron,
un beso de amor se dieron
y nuevamente juraron
lo que después no cumplieron.
Hoy, que el soldado regresa
y halla a la dama casada,
¿qué ha de hacer, noble condesa,
con la que así una promesa
olvida ante Dios jurada?
Decidle a la fementida
que, de amor mi pecho herido,
su juramento no olvida,
y que el soldado ha venido
por su amor o por su vida;
que no pretenda esquivar
su presencia: al dar las nueve
en mi posada ha de estar,
y si a faltarme se atreve,
la iré a su casa a buscar».

(Un reloj da las nueve de la noche. JUSEPA y DOÑA INÉS se miran aterradas. EL CAPITÁN IBARROLA aparece embozado en la puerta del foro, cruza la escena pausadamente, abre la puerta número y entra dejándola entornada.)

JUSEPA
¡Jesús!

DOÑA INÉS
(Señalando con terror al CAPITÁN.)
¡Es él! ¡Ay de mí!
(Hace un movimiento como para seguir al CAPITÁN, y JUSEPA la detiene.)

JUSEPA
¿Qué vais a hacer?

DOÑA INÉS
¡No lo sé!...

JUSEPA
¿Le amáis?

DOÑA INÉS
Amor le juré

JUSEPA
¿Le amáis? ¡Respondedme!...

DOÑA INÉS

(Después de un momento de vacilación.) Sí.

JUSEPA

¿Será verdad lo que he oído?...

¡Amarle siendo casada!

La mujer que vive honrada,
ama sólo a su marido.

DOÑA INÉS

Escucha...

JUSEPA

¡La boca cierra,
y antes que tu honor sucumba,
abre en el pecho una tumba
y en ella tu amor entierra!
¡Ay si olvidas un momento,
con vergonzosa torpeza,
que del honor la pureza
la mancha hasta un pensamiento!

DOÑA INÉS

¿Olvidas que en su poder
prendas guarda de mi amor?

JUSEPA

No hay prenda como el honor
si es honrada la mujer.

DOÑA INÉS

Dejadme, y pronto verás
que lo que anhelo consigo.

JUSEPA

Llevas en ti un enemigo,
y si entras sucumbirás.

DOÑA INÉS

¡Ah!...

JUSEPA

(Cambiando de tono.) Perdonad, hice mal
si aquí, con loco arrebató,
hace un momento que os trato

como si fuerais mi igual.

DOÑA INÉS

Hermana mía, ¡ay de mí!
Todo me aterra y me espanta.

JUSEPA

¿Creéis que esta comedianta
os ama, señora? (Con excesiva ternura.)

DOÑA INÉS

¡Oh! Sí.

JUSEPA

Pues confiad en mi amor,
que, honrada y agradecida,
aun a costa de mi vida
he de salvar vuestro honor.
¿Qué intentas?

JUSEPA

Nada temáis.

DOÑA INÉS

Responde. ¿Qué vas a hacer?

JUSEPA

Vos a ese hombre no hais de ver,
pues viéndolo os mancilláis.

DOÑA INÉS

Mas preciso es que te advierta
que él a venir me ha obligado.

JUSEPA

Vuestro honor está enclavado
en el umbral de esa puerta.
Pasad... pasad... Yo os respondo
que al primer paso que deis
vida y honor hundiréis
en un abismo sin fondo.

DOÑA INÉS

¡Qué vergüenza!

JUSEPA

Os salvaré,
a despecho de vos misma,
de esa lucha en que se abisma
vacilante vuestra fe.
Guardo esta carta; el puñal
(Guarda la carta y quita a la condesa la daga del cinto y se la pone ella.)
en el cinto me acomodo.
Como voy resuelta a todo,
un arma no viene mal.
Alzad la frente abatida;
soy la dama que arrogante
le va a decir a su amante:
-Quiero mi honor o tu vida.-
No disputéis un papel
que con orgullo apetezco;
dejadme hacer, que os ofrezco
alcanzar gloria con él.
¿Quién en la escena expresó
de la vida las pasiones,
quién hizo las transiciones
con tanta verdad cual yo?
La fiereza del chacal,
de la gacela el temor,
la ardiente pasión de amor,
la ternura maternal,
todo lo supe expresar,
y hoy, al ver vuestros enojos,
no han de faltarle a mis ojos
lágrimas que derramar,
lágrimas que a enternecer
van el pecho de un valiente;
mas si se muestra inclemente,
yo sé lo que debo hacer.
Yo ablandaré el corazón
de ese amante despechado;
por algo Dios le ha hospedado
en este mismo mesón.
Calmad la angustia cruel;
voy a salvar vuestra fama,
y pues soy la primer dama,
dejadme el primer papel.

DOÑA INÉS
¡Ah!

(La condesa le besa las manos agradecida. JUSEPA se dirige hacia la puerta de su cuarto y dice, levantando la voz.)

JUSEPA

¡Leona!

(LEONA aparece en la puerta del cuarto, y JUSEPA, señalando a la condesa, le dice.)

¿Sabes quién es?

LEONA

¡La condesa!

DOÑA INÉS

¡Oh, Dios!

LEONA

¿Qué pasa?

JUSEPA

Nadie ha de saber que en casa
tenemos a Doña Inés.

LEONA

¿Nadie?

JUSEPA

Nadie, ni mi esposo,
y no olvides un instante
que una imprudencia es bastante
para perder su reposo.
Dame un manto.

(LEONA entra en la habitación y vuelve a salir a los pocos momentos con un manto, que ayuda a poner a JUSEPA.)

Ahora esperad.

En la victoria confío;
y por vuestro honor y el mío
a Dios fervorosa orad.

LEONA

¿Vais a salir del mesón?

JUSEPA

No.

LEONA

Vuestro acento me aterra.

JUSEPA

¡Necia! Calla, mira y cierra
la puerta. ¡Valor, corazón!

(Las obliga a entrar en el cuarto número , y después de un momento de lucha consigo
misma, entra con resolución en el cuarto número . Momento de pausa.)

Escena VIII

EL MARQUÉS, CUADRADO y REDONDO en el corredor.

EL MARQUÉS

(Desde arriba, mirando al escenario.)
Se fueron. ¡Gracias al diablo!
Bajemos.

(Bajan con precaución y como si temieran ser vistos. CUADRADO y REDONDO llevan
unos pliegos de papel en las manos.)

CUADRADO

Nadie se ve.

EL MARQUÉS

Parece que a la Jusepa
ya le ha caído que hacer.
¿Visteis cómo le abrazaba?

REDONDO

Y le besaba también.

CUADRADO

Un amante es un recurso.

EL MARQUÉS

¡Oh! Sí, para la mujer;
pero lo que es al marido
no debe sentarle bien.

CUADRADO

Por eso no me he casado.

EL MARQUÉS

Descuidad, ya os casaréis.
Pero manos a la obra,
que Alonso puede volver,
y es preciso que se encuentre
en cada puerta un cartel.

CUADRADO

Las tres gracias toledanas
vencerán, señor Marqués.

EL MARQUÉS

Si logramos derrotarle
ante la corte y el rey,
una de vuestras comedias
en la Cruz se ha de poner.

REDONDO

¡Dios os oiga!

CUADRADO

¡Dios os premie,
señor, el noble interés
que os tomáis por dos ingenios
que postergados se ven!

EL MARQUÉS

Vos, Redondo, en la ventana
de centinela os ponéis,
avisándonos si viene,
no nos vaya a sorprender...

(REDONDO se coloca junto a la ventana, mirando hacia la calle.)

CUADRADO

¡Buen efecto va a causarle!

EL MARQUÉS

Para un celoso como él
la broma es algo pesada;
pero en fin, ¡cómo ha de ser!

CUADRADO

En cuanto lea estos versos,
se ata al pescuezo un cordel.

(EL MARQUÉS y CUADRADO pegan cuatro papeles sobre las puertas más próximas al proscenio, dos a la derecha y dos a la izquierda.)

EL MARQUÉS

La letra es gruesa, y Morales
podrá leerlo muy bien.

(A CUADRADO.) ¡Y dicen que escribís mal!

CUADRADO

Envidia, señor Marqués.

EL MARQUÉS

El mundo es calumniador.
Concluid pronto.

CUADRADO

Acabé.

REDONDO

¡Gente llega!

EL MARQUÉS

Pues arriba,
y comience el entremés.

(Suben precipitadamente al corredor y entran en su habitación.)

Escena IX

ALONSO y JERÓNIMO por el foro.

ALONSO

Pues sí, maese Jerónimo,
el Conde está en Aranjuez,
adonde partió ayer tarde
acompañando a su rey;
pero dice el mayordomo
que esta noche ha de volver
a Madrid, y que le extraña
que ya en la villa no esté.
Quise ver a la condesa,
y no la he podido ver,
que está enferma.

JERÓNIMO
Pues mañana
será otro día.

ALONSO
Así es
que a mi posada regreso,
pues no me puedo tener;
que en la maldita galera
como sardina en tonel
he pasado nueve días.

JERÓNIMO
Pues descansad.

ALONSO
Sí lo haré.
(Cogiendo un velón y dando la mano a JERÓNIMO.)
¿Cuento con vos?

JERÓNIMO
(Cogiendo un candil.) Para todo.

ALONSO
¡Gracias!

JERÓNIMO
¡Bah! No me las deis.

ALONSO
¿Vivís en esta posada?

JERÓNIMO
Un cuartuchito alquilé;
de día trabajo allí (Señalando su rincón.),
de noche me encierro en él,
y así se pasa la vida,
aunque no se pasa bien.

ALONSO
Buenas noches... maese Sánchez.

JERÓNIMO
Buenas las tenga.

ALONSO

(Viendo el papel que se halla pegado sobre su puerta.)

¡Ah!

JERÓNIMO

(Viendo el papel.) ¡Eh!

ALONSO

¡Qué es esto, Dios soberano!...

JERÓNIMO

¡Si yo supiera leer!...

Porque ahí algo hay escrito,

sí; pero ese algo ¿qué es?

Mi padre no me enseñó

de letra. ¡Qué bruto fue!

Digo, yo no lo soy menos,

pues no he querido aprender.

ALONSO

¡Infames!...

JERÓNIMO

¡Calla!... A Morales

también le han puesto cartel.

ALONSO

¡No es posible!... ¡No es posible!...

¡Si es verdad... la mataré!

JERÓNIMO

¡Señor Morales!...

ALONSO

¡Dejadme!

(Recorre con la luz en la mano todas las puertas, leyendo con agitación. JERÓNIMO le sigue con la mirada.)

JERÓNIMO

Según por lo que se ve,

algo le escuece al maestro.

ALONSO

¡No... no... no... no puede ser!

JERÓNIMO

¡Calla! Ya tartamudea,
como decía el Marqués...
(Dándose un golpe en la frente.)
¡Ah! El Marqués... los ingenios...
¡Vaya! Empiezo a comprender.
Dios quiera que una comedia
escriban entre los tres,
y juro que los silbidos
se oirán en Carabanchel.
¡Señor Morales!...

ALONSO

Ya he dicho,
maese, que me dejéis.

JERÓNIMO

Algo os sucede.

ALONSO

A mí nada...
(Dando un grito y dirigiendo una mirada feroz a JERÓNIMO.)
¡Quiero estar solo!!!

JERÓNIMO

(Retrocediendo.) Está bien.

(Se dirige hacia la escalera y comienza a subir. ALONSO enclavado en medio del teatro,
con los papeles en la mano leyéndolos y gesticulando.)

No me acuesto hasta que sepa
lo que aquí va a suceder.

(Abre una de las puertas del corredor y entra, dejándola entornada. ALONSO continúa
inmóvil junto a la mesa, leyendo los papeles que ha arrancado de las puertas.)

Escena X

ALONSO solo. Pausa.

ALONSO

Apenas llego a esta villa,
ya la sátira me humilla;
que tiene el arte en su abono

que hay tanta y tanta polilla
que le roe con encono.

(Se acerca a la luz, exhala un suspiro y lee con trémulo acento.)

«Morales, tu hacienda cuida,
pues tu esposa recatada
tiene por cosa admitida
dar salida por entrada,
dar entrada por salida».

(Estruja el papel entre las manos, y dice representando.)

¡Infames! ¡Me ahoga la ira!...
¡Celos que estáis aquí fijos!...
¡Sí, sí, el infierno os inspira!
¡No! ¡La madre de mis hijos
no es adúltera, es mentira!...

(Lee otro papel.)

«En esta villa galante
la Inquisición no ha podido
conseguir un sólo instante
que cuando sale el marido
deje de entrar el amante.
¡Ay, Morales! ¡Cuántos males
tu mujer te va a causar
en estos sitios reales!
Pues cuando de casa sales
otro en casa suele entrar».
(Declamando.) ¡Será verdad, Dios eterno!
¡Ella un amante! ¡Oh baldón!
¡Siento aquí profundo, interno,
todo el fuego del infierno
quemándome el corazón!
¡Jusepa! (Llamando en voz alta.)
Al cruzar la puerta,
en su rostro he de leer
mi vergüenza, y cuando advierta...

(Aparece JUSEPA en la puerta del cuarto número . Al verla, su marido lanza un grito de sorpresa, corre hacia ella, la coge bruscamente de un brazo y la conduce hacia la mesa, arrancándola el manto.)

Escena XI

ALONSO y JUSEPA.

ALONSO

¿Tú con un manto cubierta?

(Cambiando de entonación y como si quisiera dar a su acento un tinte de ironía.)

¿De dónde vienes, mujer?

JUSEPA

(Aparte.) Tan pronto no lo esperaba.

¡Fatalidad! (Alto.) ¿Viste al Conde?

ALONSO

No preguntes, y responde:

¿Dónde ibas?

JUSEPA

(Con gran serenidad.) Me impacientaba tu tardanza.

ALONSO

Eso no es cierto.

JUSEPA

(Aparte.) Preciso es disimular.

(Alto.) ¿Qué es esto? ¿Va a comenzar de los celos el concierto?

Celos que fundados son,
pues yo pregunto, y tú callas.

¡Celos, terribles batallas
que rompen el corazón!...

¡Mira!

(Enseñándole los papeles que ha arrancado de las puertas. JUSEPA lee uno y rechaza los demás con sentida indignación.)

JUSEPA

¡Oh! ¡Cuánta perfidia!...

ALONSO

Defiende tu honra y tu honor.

JUSEPA

¡Cuándo vendrá un redentor
a terminar con la envidia!...

ALONSO

Cuando la mujer casada
no tenga su honor en poco.

JUSEPA

Los celos te vuelven loco;
mi honra está aquí inmaculada.

ALONSO

Habla, que es vano callar
discúlpate si has faltado.

JUSEPA

La mujer que no ha pecado
no se debe disculpar.

ALONSO

¿No ves que de tu honra dudo?
¡Habla, o pierdo la razón!...

JUSEPA

Soy madre, y mis hijos son
de mi limpio honor escudo.

ALONSO

Madres hay que hasta se vengan
de sus hijos, de sus padres.

JUSEPA

Esas madres no son madres,
por muchos hijos que tengan.
Ser madre no es dar a luz
sintiendo un dolor mortal:
consiste en la hermosa cruz
del calvario maternal,
en sufrir duelos prolijos,
en dar la sangre del pecho,
en no deshorrar el lecho
donde acaricia a sus hijos.

ALONSO

¡Discúlpate!

JUSEPA
¿Para qué?

ALONSO
¿No ves que de celos muero?

JUSEPA
Pues de ellos curarte quiero,
y por eso no hablaré.

ALONSO
(Ciego de cólera, coge una silla y la levanta, amenazando a su esposa.)

¡Jusepa!... ¡La ira... el furor
tu terco silencio aumenta!

JUSEPA
La silla el honor afrenta,
el hierro hiriendo da honor:
hierro tienes, hiere el pecho.

(ALONSO desnuda el puñal. JUSEPA retrocede, lanzando un grito. En este momento aparece LEONA, que se arroja sobre ALONSO. Éste mira hacia la puerta y ve a un hombre en su cuarto. JUSEPA cierra la puerta precipitadamente y se coloca delante como defendiendo la entrada.)

LEONA
Maestro, ¿qué es lo que pasa?

ALONSO
¡Que he visto... un hombre en mi casa!...
¡Infames!...

JUSEPA
(A LEONA.) ¡Qué es lo que has hecho!...

UNA VOZ
(Desde fuera.) ¡Plaza al Conde de Granada!

JUSEPA
(Aparte.) ¡El Conde! ¡Fatalidad!
(A ALONSO.) Por tu honra y tu dignidad,
que el Conde no sepa nada.

(ALONSO se queda inmóvil. JUSEPA habla en voz baja con LEONA, que entra en el cuarto. Aparece por el foro EL CONDE DE GRANADA, seguido de pajes con hachones encendidos, y la ronda de noche. Uno de los pajes lleva en una bandeja, cubierta con un tapete, una comedia manuscrita.)

Escena XII

Dichos, el CONDE y acompañamiento.

EL CONDE

(Entrando.) ¿Dónde está Alonso?

ALONSO

Aquí estoy,
señor. (Inclinándose y besándole una mano.)

EL CONDE

A mis brazos ven,
tú, que eres gloria y sostén
del teatro. (Se abrazan.)

ALONSO

Gracias, señor,
por honra tan distinguida
al mirar mi pequeñez.

EL CONDE

El rey se halla en Aranjuez
con su corte, de jornada;
pronto tendrás el honor
de verle, pues mensajero
del gran Felipe Tercero,
mi augusto dueño y señor,
en busca tuya me envía,
y por mi mano te entrega
una comedia de Vega,
que ha de hacer tu compañía
en el teatro Real.
Mañana tendrás corriente
el bagaje, y con tu gente
dejarás la capital.
Los enredos de Celauro
la obra de Vega se llama,
y espero que nueva fama

alcances y nuevo lauro
representando el papel
de Lupercio, que advertí
que está escrito para ti
y has de lucirte con él.

(EL CONDE toma de la bandeja la comedia y la entrega a ALONSO, que durante la anterior relación habrá permanecido preocupado y sin fijarse en lo que le dice. Al observar su distracción, EL CONDE le coge cariñosamente la mano y le pregunta en voz baja.)

¿Qué pasa aquí? ¿Por qué inerte
está tu lengua en la boca?
¿Te parece honra tan poca
la que haya venido a hacerte?...
¿Qué tienes? (Reconviniéndole con dulzura.)

ALONSO
¡Celos y amor!

EL CONDE
¡Pobre Alonso! ¡Siempre el mismo!

ALONSO
No creáis que ahora me abismo
en confusiones, señor.
(Bajando la voz y confidencialmente al CONDE.)
Oculto a un hombre esa ingrata
en su cuarto.

EL CONDE
En mí confía;
yo sabré...

(Se dirige hacia la puerta. JUSEPA, al verle avanzar, se aterra.)

JUSEPA
(Aparte.) ¡Virgen María!
¡Que si la encuentra la mata!

(JUSEPA, como tomando una resolución, rápida y colocándose resuelta delante de la puerta.)

¡No pasáis!

EL CONDE

(Retrocediendo asombrado.) ¡Cómo!

ALONSO

(Riéndose convulsivamente y señalándole con el dedo a JUSEPA.)

¿Lo veis?

EL CONDE

Tu honor en que pase estriba.

(JUSEPA saca el puñal y toma una actitud amenazadora.)

JUSEPA

¡Atrás! ¡Que mientras yo viva
por aquí no pasaréis!...

ALONSO

¡Yo entraré!

(Avanza resueltamente. En este momento aparece en la puerta el viejo SALVADOR, apoyado en el hombro de LEONA. ALONSO retrocede. JUSEPA se abraza al anciano formando un grupo. SALVADOR rodea uno de los brazos por el cuello de JUSEPA y la besa en la frente.)

Escena XII

Dichos, SALVADOR y LEONA.

SALVADOR

Tú no entras,
ni el noble Conde tampoco.

ALONSO

¡Ah! (Retrocediendo.)

SALVADOR

Porque la ofendes... ¡loco!
¡Si es honrada por demás!

ALONSO

¡Me vende!

SALVADOR

Hijo, te engañas;
yo te respondo por ella,

que es honrada como aquella
que te llevó en sus entrañas.

ALONSO

He de entrar aunque no os cuadre,
pues dueño soy de mis bienes.

SALVADOR

¡Pues qué!... Porque me mantienes
¿dejo yo de ser tu padre?
¡Ay si a ofenderme te atreves!
¡Ay si olvidas un instante
que tu sangre no es bastante
a pagar lo que me debes!

ALONSO

¡Quiero entrar! (En un arranque de demencia.)

SALVADOR

(Con suprema dignidad.) ¡Atrás, villano!
¡La honra vive en esta casa,
y su puerta nadie pasa
sin pasar sobre este anciano!

(ALONSO exhala un grito y cae anonadado a los pies de su padre. JUSEPA apoya su cabeza sobre el pecho del anciano. Todos muestran respeto a la majestad de las canas.)

ACTO II

Jardines de Aranjuez, en la estación más hermosa del año. En el último término, sirviéndose de todo el fondo del teatro, se ve la fachada del palacio, medio oculta por las frondosas copas de los árboles. En el segundo término cuatro estatuas caprichosas de tamaño natural, sobre pedestales, formando un medio punto. En el primer término, colocada en medio del escenario, la estatua del emperador Carlos V, de tamaño más grande. Algunos bancos de piedra diseminados por la escena. Se ruega a los señores directores de escena que cuiden con especial esmero de la colocación de todos los detalles para el buen resultado del juego escénico.

Escena I

EL MARQUÉS, REDONDO, CUADRADO y acompañamiento de caballeros, que forman un corro como si estuvieran escuchando al MARQUÉS, que se halla en medio.

EL CAPITÁN IBARROLA, con el traje de campaña, se halla apartado del grupo general, pero bastante cerca para oír la conversación. Está apoyado en el pedestal de una de las estatuas y figura mirar hacia el fondo de vez en cuando, como si esperara a alguno.

EL MARQUÉS

En la historia referida
ni hubo menos ni hubo más:
él se quedó con los celos,
ella ocultó a su don Juan
de tal modo, que aseguran
lenguas en la vecindad
que huyó por la chimenea,
salvando así la moral,
porque la Jusepa tiene
en mucho su honestidad,

TODOS

¡Ja! ¡ja! ¡ja!

CUADRADO

¡Pobre Morales!
¡Cuánto tiene que pasar
en esta corte galante,
en donde hay tanto galán
que sin conocer a Ovidio
enseña el arte de amar!
Pero como en los casados
la paciencia es proverbial,
dentro de un año, de fijo
se habrá acostumbrado ya.

EL MARQUÉS

¡Viborilla!...

CUADRADO

No calumnio,
voz cual yo viste al galán;
si no le encontró el marido,
cúlpese a su ceguedad,
o al terco empeño del viejo,
que no le dejó pasar.

(EL CAPITÁN se va acercando poco a poco hasta colocarse delante de CUADRADO, y le dice con ruda severidad:)

CAPITÁN

Según por lo que he escuchado,
de Jusepa Vaca habláis.

CUADRADO

Sí, de la hermosa farsanta.

REDONDO

De la histriona sin igual,
que con sus gracias muy pronto
fama en Madrid logrará.

CAPITÁN

No la logrará, la tiene;
prueba que su majestad
la hace venir a la corte.
Ahora, en cuanto a lo demás,
a lo de honrada, aseguro
que honra tiene para dar
a aquellos que la calumnian
por envidia y por maldad.
Y al que esto pusiere en duda,
ésta se lo probará. (Señalando la espada.)

EL MARQUÉS

La razón es como vuestra.

CAPITÁN

Sí, razón de militar,
que tiene en mucho su honor
y el honor de los demás.

CUADRADO

Pues Villamediana dice,
y Quevedo...

CAPITÁN

(Con altivez.) Esos dirán
cuanto les diere la gana,
que viven de murmurar
y la calumnia es el pienso
de su talento mordaz.
Sólo por decir un chiste
que alcance celebridad
y corra de boca en boca,
no temen sacrificar
lo más noble, lo más santo,

el honor y la amistad.
El hombre que es bien nacido
y quiere afrentas vengar,
hace sangre con la espada,
con la lengua ruin jamás;
que honras ajenas no ofende
quien sabe su honra estimar.
No olvidéis estos consejos,
y a Jusepa no ofendáis,
que es madre y esposa honrada
tanto como la que más.

(EL CAPITÁN saluda con dignidad, se aparta del grupo general y se apoya en el pedestal de una estatua. Tres o cuatro cortesanos se reúnen con él.)

CUADRADO
(Confidencialmente al MARQUÉS.)
¿Quién es ese hombre?

EL MARQUÉS
(Aparte.) Callaos
y no le contradigáis,
que ése tira de la espada
con mucha facilidad.

CUADRADO
Pero ¿quién es?

EL MARQUÉS
El barón
de Ibarrola; un capitán
que de la guerra de Hungría
trae un encargo especial
para el rey.

(Aparece por el foro MAESE JERÓNIMO mirando con marcada curiosidad los ricos y vistosos objetos del jardín. Viste un traje distinto del primer acto y más lujoso.)

Escena II

Dichos y JERÓNIMO en el fondo.

REDONDO
Ved quién asoma.

EL MARQUÉS

El remendón montaraz.

CORTESANO

¡Remendón! ¡Hombre! ¿Y le dejan
en los jardines entrar?

EL MARQUÉS

Sí, vendrá con los farsantes.

CUADRADO

Es justo, tal para cual.

JERÓNIMO

(Bajando al proscenio con mucha calma.)

¡Qué frondosas enramadas!

¡Qué bien y a gusto se está

cuando se come y se bebe

y se puede pasear

aspirando los perfumes

en este jardín real!

Todo rico que se muere,

hace una barbaridad.

(Los cortesanos hablan en voz baja y se ríen, señalando de vez en cuando a JERÓNIMO, el cual lo observa, y rascándose la cabeza, dice.)

¡Calla! Se ríen de mí.

Pues yo no me quedo atrás.

(JERÓNIMO, mirando a las estatuas y haciéndose el distraído, se pasea por la escena y comienza a cantar en voz baja.)

Bajo de la golilla

los cortesanos

llevan todos más cruces

que en un calvario.

Y hay cortesana

que un palmo de revoque

lleva en la cara.

EL MARQUÉS

Picante es la seguidilla.

CORTESANO

¿Por qué le han dejado entrar?

EL MARQUÉS

Lo ignoro; mas preguntando,
él mismo nos lo dirá.

JERÓNIMO

De buen grado soltaría
un silbido colosal,
de esos con que en los teatros
yo suelo recompensar
al poeta sin chirumen
y al comediante incapaz.

EL MARQUÉS

Buenos días, maese Sánchez.

JERÓNIMO

¡Oh, Marqués! ¡Calla! Aquí están
mis vecinos los ingenios,
los que escriben a la par,
musas gemelas, que un día
gloria a su patria darán.

EL MARQUÉS

¿Venís aquí de jornada?

JERÓNIMO

De jornada no, a jornal.
En Aranjuez soy el cabo
de comparsas, nada más,
destino que el buen Morales
en la comedia me da;
el que mete y saca sillas,
el que siempre lo hace mal,
el que sin hablar tropieza
y paga por los demás;
pero en Madrid ya es distinto:
allí soy autoridad,
represento al pueblo, y jefe
de un ruidoso tribunal,
al pobre que se equivoca
lo parto por la mitad.

EL MARQUÉS

¿Esta tarde es la comedia?

JERÓNIMO

Así dicen, y en verdad
que ya tengo muchas ganas
de volverme a mi portal.

EL MARQUÉS

¿No os tratan bien?

JERÓNIMO

¡Ya lo creo!

Allí entre el verde arrayan,
en una casa-palacio
nuestro pabellón está.
Nos trajeron a Aranjuez
en un faetón real
hace seis días, y aquí
se nos permite ensayar
entre estos nobles monarcas,
que no aplaudirán jamás.
Nos sirven los cocineros
sabios de su majestad;
mas como yo soy tragón
y tengo buen paladar,
y honor es preciso hacer
a los guisos que me dan,
no como para vivir,
como para reventar.
El pelo de la dehesa
aquí en mi estómago está,
y cuando le doy un guiso
que no es de su uso especial,
me sacude un par de coces
que no me deja parar.

EL MARQUÉS

No coma tanto, maese,
que puede sentarle mal.

JERÓNIMO

Como no me veré en otra,
me aprovecho, y Dios dirá.

EL MARQUÉS

Mucho tardan los farsantes.

JERÓNIMO

Allí vistiéndose están (Señalando al foro derecha.),
y aquí han de venir en breve,
las órdenes a esperar
del rey.

EL MARQUÉS

Son de Carlos Quinto
los trajes, si no vi mal.

(Un cortesano aparece corriendo por el foro, y dice con agitación.)

CORTESANO 1.º

¡Señores, sus majestades
salieron!

CORTESANO 2.º

¿Y adónde van?

CORTESANO 1.º

Al estanque a ver los gansos.

CORTESANO 2.º

¿Sí? Pues vamos por allá.

(Salen precipitadamente.)

JERÓNIMO

Corred, no perdáis el tiempo,
y al llegar allí, ¡graznad!

CUADRADO

(A JERÓNIMO.) Pronto habré de menesteros.

JERÓNIMO

¡Pues qué! ¿Ya os van a estrenar?

CUADRADO

En la Cruz tengo una obra.

JERÓNIMO

¿Comedia? (CUADRADO dice que sí.)

(Aparte.) ¡Mala será!

(Alto.) Dándola en la Cruz, de fijo
os van a crucificar.

CUADRADO

¿Vos me ayudaréis?

JERÓNIMO

(Con cierto énfasis.) Veremos...

Si es buena... (Aparte.) Que no será.

CUADRADO

Dicen que vale.

(JERÓNIMO se pasea con marcada petulancia, y CUADRADO le sigue haciendo saludos respetuosos.)

JERÓNIMO

¿El autor?

CUADRADO

No, la gente del corral.

JERÓNIMO

Los cómicos se equivocan
con mucha facilidad;
pero veremos, veremos;
si es buena, se aplaudirá;
mas, con franqueza, si es mala,
con nuestra silba contad,
pero silba estrepitosa,
grande, inmensa, colosal,
silba que no olvidaréis
aunque cien años viváis.

CUADRADO

(Aparte.) ¡Qué estúpido!

EL MARQUÉS

Sí, un estúpido
que nos puede derrotar.

(Vanse por el foro EL MARQUÉS, CUADRADO y REDONDO.)

Escena III

EL CAPITÁN apoyado en el pedestal de la estatua, y JERÓNIMO en el proscenio.

JERÓNIMO

De la silba el aguijón
le picó en mitad del alma;
mi ofrecimiento la calma
le roba del corazón.
¡Qué importa! No me da pena
mi oferta sencilla y franca;
la mala yerba se arranca,
para que crezca la buena.

(JERÓNIMO se queda mirando una de las estatuas que representa al emperador Carlos V, y dice con triste entonación.)

Esta estatua, a lo que entiendo,
nos la trajeron de Nantes;
con lo que vale, Cervantes
se echaría un buen remiendo.
¡Cervantes! ¡Genio profundo!...
Pobre, triste, en el olvido
vive... ¡Qué mal repartido
está este pícaro mundo!
Si yo tuviera el honor
de ver al rey cara a cara,
si por aquí le encontrara,
le diría: «Gran señor:

(JERÓNIMO se quita el sombrero y saluda a la estatua como si estuviera hablando con el rey.)

Si queréis honrar las canas
de un hombre de gran valía,
id a visitar un día
la calle de Cantaranas,
y en una humilde buhardilla,
por la pobreza agobiado,
encontraréis a un soldado
que es de ingenios maravilla.
Por su patria dio una mano,
cautivo le tuvo el moro,
y ha escrito un libro, tesoro
del idioma castellano.
Honrando allí a su persona,
a vos mismo os honraréis,
y un blasón añadiréis
de gloria a vuestra corona;
que el rey que a un sabio enaltece,

al dar gloria adquiere gloria,
y una página en la historia
deja que nunca perece».

(EL CAPITÁN se irá acercando poco a poco por detrás de JERÓNIMO hasta colocarse a su lado.)

CAPITÁN

(Aparte.) Este hombre parece honrado,
y déj me quiero valer.
(Alto.) ¿Decís que al rey queréis ver?

JERÓNIMO

¡Yo! (Aparte.) ¿Quién será? (Retrocediendo.)

CAPITÁN

Os he escuchado.

JERÓNIMO

¡Yo ver al rey!...

CAPITÁN

¿Qué le arredra?
¿No hablaba con Carlos Quinto?

JERÓNIMO

Sí señor; mas es distinto
un rey vivo a un rey de piedra.
Acusad de felonía
a este rey; a vuestro antojo
saltadle un diente, o un ojo:
no dirá esta boca es mía,
no lograréis alterar
su grave rostro pasivo;
pero decidle a un rey vivo
la mitad, y os manda ahorcar.

CAPITÁN

Yo os presento, si queréis,
al rey Felipe Tercero.

JERÓNIMO

(Aparte.) ¿Si será el rey? (Alto.) Caballero,
(Saludándole con afectación.)
mil gracias. No os molestéis...
(Aparte.) Siento en el cuerpo un temblor...

¡Me manda al remo de fijo!

CAPITÁN

En cambio, de vos exijo
un señalado favor.

JERÓNIMO

Mandad. (Aparte.) ¡Es el rey! ¡Yo sudo!

CAPITÁN

Vos, según tengo entendido,
con Alonso habéis venido...

JERÓNIMO

A hacer papeles de mudo.

CAPITÁN

El mutismo es vuestra enseña.
¡Ay como lleguéis a hablar,
pues cara os puede costar
la imprudencia más pequeña!
A Jusepa en ocasión
diréis que nadie lo oyere,
que hablarla aquí sola quiere
el soldado del mesón.
Si cumplís como se espera,
recompensa encontraréis;
si no, muy pronto os veréis
remando en una galera.

(JERÓNIMO se inclina respetuosamente delante del CAPITÁN, éste le saluda con la mano y se dirige hacia el foro, perdiéndose entre los árboles.)

Escena IV

JERÓNIMO solo.

JERÓNIMO

¡Quién me metió en estos tratos!
¡Bonito encargo me dan!
¡Ay! ¡Qué bien dice el refrán:
zapatero a tus zapatos!
Pero en fin, ya no hay tu tía;
cumpliré la comisión

que el soldado del mesón
a mi prudencia confía.
Temo que el destino fiero
me convierta en galeote,
y el pobre autor del Quijote
se quede sin zapatero.
Me encargó la brevedad;
no perdamos los instantes.
Ya vienen los comediantes;
prudencia y serenidad.

(Aparecen por la enramada de la izquierda ALONSO y JUSEPA cogidos del brazo y como hablando en voz baja; luego les siguen formando grupo JUAN, OLMEDO, LEONA, que lleva de la mano a los dos niños, comediantes y comediantas. Los hombres, al ver a MAESE JERÓNIMO, corren a su encuentro; las mujeres forman un corro junto a una estatua. JUSEPA y ALONSO en primer término.)

Escena V

JERÓNIMO, ALONSO, JUSEPA, JUAN, LEONA, OLMEDO, los dos niños,
comediantes y comediantas.

JUAN
¡Gracias a Dios que os hallamos!

JERÓNIMO
¡Gracias a Dios que os encuentro!

JUAN
¿Os perdisteis?

JERÓNIMO
El perderse
en estos sitios no es nuevo.
(Hablan en voz baja.)

ALONSO
Hoy, Jusepa, un nuevo lauro
confío que alcanzaremos
ante el rey nuestro señor;
que aunque el alma enferma tengo,
procuraré que en mi rostro
no observen lo que padezco.

JUSEPA

Dudando de mí, me ofendes,
pues son injustos tus celos.

ALONSO

La noche de la posada
de muerte heriste mi pecho.
Yo vi a un hombre.

JUSEPA

No le viste.

ALONSO

¡Yo le vi!...

JUSEPA

Tú estabas ciego.
Pedir razón a un celoso
sé que es inútil empeño,
tan inútil cual querer
cambiar el curso del viento,
contar del mar las arenas
y las estrellas del cielo.

(JUSEPA, dulcemente apoyada en el brazo de ALONSO, le dice con sentida expresión los versos siguientes.)

¡Yo te amo!... ¡Soy tuya! ¡tuya!
Oye bien mi juramento:
Si era un hombre aquel que viste,
que me castigue el Eterno
dando muerte a mis dos hijos,
y me maldigan muriendo.

ALONSO

(Aterrado.) ¡Calla!

JUSEPA

Más no me atormentes;
por tus hijos te lo ruego.

(Siguen hablando en voz baja.)

OLMEDO

Preocupado está Morales.

JUAN

No es el caso para menos.

JERÓNIMO

Representar ante un rey
es un compromiso regio.

JUAN

Muy alta pondrá su fama
en el papel de Lupercio,
pues sé que el divino Lope
se lo escribió de exprofeso.
¡Papel de celoso!

OLMEDO

¡Digo!
¡Si lo hará bien el maestro!

LEONA

¡Envidiosas! ¡Malas lenguas!
Aunque rabiéis, os prometo
que he de llamar la atención
del rey Felipe Tercero.

COMEDIANTA

¡Vanidosa! ¡Presumida!
Porque le ha escrito unos versos
para la loa Morales,
no cabe ya en el pellejo.

NIÑO 2.º

Déjala, no te incomodes.

LEONA

En el teatro veremos
quién desempeña su parte
con más gracia y lucimiento.

COMEDIANTA

Bien se conoce que tienes
protectores.

LEONA

Si los tengo,
tanto mejor para mí,
porque, hija, en todos los tiempos

siempre hubo gran diferencia
entre lo malo y lo bueno.

COMEDIANTA
¿Tú eres lo bueno?

LEONA
Cabal.

COMEDIANTA
¿Nosotras lo malo?

LEONA
Eso.

COMEDIANTA
¡Deslenguada!

LEONA
¡Ay, que se enfada
la comedianta tropiezos,
la que no sale a la escena
sin que la den un meneo!

JERÓNIMO
Por respeto a estos monarcas,
no hay que arrancarse los pelos.

NIÑO 1.º
Ven, Leona, que si te oye
mi padre, verás...

JUSEPA
¿Qué es eso?

LEONA
Estas, que tienen envidia
porque en la loa...

ALONSO
(Con gravedad.) ¡Silencio!
En vez de estar murmurando
y faltándose al respeto,
más les valiera estudiar
los papeles con esmero.
¿Pensáis que aquí nos hallamos

en el teatro de un pueblo,
ante un público ignorante
de rústicos y labriegos?
Todo un rey os va a juzgar;
los más nobles caballeros,
las damas más distinguidas
hoy por tribunal tendremos.
Si al arte rendís tributo,
adoración y respeto,
a estudiar, porque la fama
con el estudio y el genio
se alcanza, no criticando
de los otros los defectos;
que eso es propio de la envidia,
de corazones pequeños,
pues sólo el cómico malo
pierde por desgracia el tiempo,
y olvidando sus papeles,
se ocupa de los ajenos.
¡A estudiar!

(Todos los comediantes sacan sus papeles y se ponen a estudiar, los unos sentados en los bancos, los otros junto a las estatuas, todo lo más al foro que sea posible para que dejen libre el primer término del escenario y no se distraiga la atención durante las escenas importantes del acto. Queda a cargo de los directores. ALONSO se pasea por la escena, siempre preocupado.)

NIÑO 1.º
(A LEONA.) ¿No te lo dije?

(Dirigiéndose a las comediantas.)
Os ha reñido. ¡Me alegro!

JERÓNIMO
Cayó la piedra en el charco:
las ranas enmudecieron.

(MAESE SÁNCHEZ se pasea por la escena.)

LEONA
O yo no soy comedianta,
o han de aplaudirme a lo menos
cuatro veces en la loa,
para que traguen veneno.

ALONSO

Jusepa, ensaya a los niños
la escena en que me los llevo;
que no tomen actitudes
afectadas, pues deseo
que en sus infantiles rostros
se pinte el amor y el miedo.
Tú, Juan, pasa los papeles
a esas, y por Dios te ruego
no te tomes libertades
con el público, hoy al menos;
yo sé que te quiere mucho
el rey... Perdona el consejo.

JUSEPA

¡Ay, Leona, que mi esposo
está muriendo de celos!
Tú le conoces, tú sabes
adónde llegan sus vértigos.
¡Ay de todos si esta tarde
se trastorna su cerebro!

LEONA

Decidle...

JUSEPA

¡Calla! (Hablan en voz baja.)

JERÓNIMO

El papel
que en la farsa represento,
como no tiene palabras,
equivocarme no puedo.
Papel de mudo. ¡Canario!
Pues ahora que lo recuerdo,
aún no la he dicho a Jusepa
una palabra. En secreto,
(Dirigiéndose a JUSEPA en voz baja.)
el soldado del mesón
dice que aquí quiere veros.

JUSEPA

¡Jesús!

JERÓNIMO

¡Por las once mil,
no gritéis, que voy al remo!

ALONSO

(Preocupado con el papel en la mano.)

Darle tanta enhorabuena,
fingir un amor tan tierno
a una mujer que me vende,
no puedo... no... no... ¡no puedo!...
¡Qué dicha ser comediante
y vivir del fingimiento,
aparentar que se goza
cuando uno se está muriendo,
tener la risa en los labios
y las lágrimas por dentro,
dar abrazos cariñosos
al mismo que aborrecemos,
ahogar con las carcajadas
del corazón los lamentos!
¡Ah! ¡Cuántas veces aquí
arde voraz un incendio,
que si asomara a la boca,
prendiera al teatro fuego!

(ALONSO continúa estudiando su papel, profundamente abismado. JUSEPA, LEONA y los dos niños en el extremo opuesto. JUSEPA de vez en cuando sigue con inquieta mirada las actitudes de su esposo.)

JUSEPA

(A los niños.) Cuando vosotros veáis
que aterrada retrocedo
porque quitarme a mis hijos
quiere mi esposo, al momento
os cogéis de mi cintura,
y azorados por el miedo,
juntáis vuestras manecitas
como por mí intercediendo,
porque el dolor de una madre
a quien roban sus hijuelos
se pintará en su semblante,
y ha de pintarse en el vuestro
la pena que a un hijo causa
ver a su madre muriendo.
Entonces, formando un grupo
dulce, suplicante, tierno,
caemos arrodillados
a las plantas de Lupercio,
y al levantar el puñal

para herir, los tres a un tiempo
inclinamos la cabeza
con humildad sobre el pecho,
cual mártires que no esperan
más amparo que del cielo.

NIÑO 2.º

¡Verás qué bien lo hago yo!

NIÑO 1.º

¿Sabes, madre, lo que siento?

JUSEPA

¿Qué, hijo mío?

NIÑO 1.º

No decir,

vamos, pongo por ejemplo:

«¡Yo no quiero separarme
de mi madre, no... no quiero!

Porque ¿qué será de mí
sin sus caricias y besos?»

JUSEPA

¡Hijo del alma!... El autor
lo dispuso así...

NIÑO 1.º

¡Mal hecho!

Dirá el público: «Esos niños
tienen malos sentimientos;
les separan de su madre,
y se callan como muertos».

(JUSEPA abraza a sus hijos y se queda hablando con ellos en voz baja.)

ALONSO

Esta escena es imposible,

me repugna, ¡no la siento!...

Es inútil... la haré mal,

muy mal... aunque un año entero

la estudie... Se me atraganta.

No puedo, vamos, no puedo.

(Lee haciéndose gran violencia.)

«Norabuena mi Fulgencia,

»vertiendo perlas y rosas,

»corra el alba sin licencia
»las cortinas temerosas
»de la noche de mi ausencia.
»Norabuena yo merezca,
»después que el sol amanezca,
»ver un ángel como vos,
»donde la imagen de Dios
»más al vivo resplandezca.
»Norabuena...»
(Representando.) ¡Noramala
es sólo lo que merezco!...
¿Quién te apellida el Divino?
¿Quién el nombre de Maestro
te puso?... Vuelve a provincias
a apedrear con tus versos,
comediante de la legua.
¿Adónde está tu talento?
¿Dónde?... En el acto segundo,
allí demostrarlo espero;
allí de Alonso Morales
subirá tan alto el crédito,
que hasta el rey ha de aplaudirme,
ha de aplaudirme... ¡lo quiero!
Lope de Vega en la llaga
su dedo inmortal ha puesto.
(Lee.) «Fuego secreto sin llama,
»que nunca de abrasar cesa,
»vil en obras, casta en fama,
»arpía en mi alegre mesa
»y Clitemnestra en mi cama;
»mujer de quien este ser
»aún no quisiera tener;
»mujer que tan mal viviste,
»que por ser mujer, quisiste
»dejar de ser mi mujer».

(Mientras ALONSO recita las dos quintillas de Lope de Vega, aparecen por el foro EL CONDE, EL MARQUÉS, CUADRADO, REDONDO y algunos caballeros. EL CONDE hace un ademán para que no se interrumpa a ALONSO, y todos se acercan poco a poco, como asimismo los comediantes, entre los que se halla MAESE SÁNCHEZ, que se olvidan de sus papeles para oír a su maestro. JUSEPA estrecha a sus hijos cariñosamente y contempla embebecida a ALONSO. Queda esta situación a cargo del director de escena.)

Escena VI

Dichos, EL CONDE, EL MARQUÉS, CUADRADO, REDONDO y caballeros.

EL CONDE

¡Bravo, Alonso! (Aplaudiendo.)

VARIOS

(Aplaudiendo.) ¡Víctor! ¡Víctor!

(Todos le dan la mano, exceptuando EL MARQUÉS, REDONDO y CUADRADO. ALONSO se violenta para demostrar una gran alegría.)

ALONSO

¡Ah! Señores... no merezco
que paguéis con tanta usura
mis pobres merecimientos.
¡Gracias! ¡Gracias! La alegría
ya no me cabe en el pecho.
Es tanta, que el corazón
salta loco de contento,
y todo es color de rosa
cuanto en torno de mí veo.
La vida del comediante
es un carnaval perpetuo,
perfumado por la gloria.
¡No hay nada, nada tan bello!...
Ellos tienen por esclavos
las pasiones, los afectos,
las lágrimas, las sonrisas,
el valor, el torpe miedo,
y el público dice: «¡Oh dicha!»
y digo yo: ¡Qué tormento!
Que es el cómico fingir
un fingir tan vehemente,
que a fuerza de fingir siente,
y sintiendo hace sentir.

(ALONSO se ríe, demostrando una excesiva alegría; estrecha las manos de los que le rodean. JUSEPA y LEONA siguen con inquietud todos sus movimientos. JUAN habla con JERÓNIMO y los comediantes, EL MARQUÉS con los dos ingenios, quedando divididos los personajes en cuatro grupos, siendo el más numeroso el que está en el centro, etc.)

JUSEPA

¿Le ves, Leona?... Un puñal

clavado lleva en el pecho,
sufre mucho... Le conozco.
Le han trastornado los celos.

JUAN

Señores, no hay quien le iguale,
Morales es el primero.

JERÓNIMO

¡Cuánto siento no tener
a mano mis mosqueteros!

EL MARQUÉS

Si hace ante el rey la comedia
así, el triunfo es completo.

CUADRADO

Y entonces nuestras tres gracias
llevan malparado el pleito.

EL MARQUÉS

Nos queda el último golpe,
golpe de gracia, el soneto
del conde Villamediana.
¡Ya veréis qué buen efecto!

(EL MARQUÉS, CUADRADO y REDONDO se retiran por el foro hablando en voz baja.)

EL CONDE

Muy en breve, cuando el rey
regrese de su paseo,
principiará la comedia;
pero antes, Alonso, quiero
al de Lerma presentarte,
pues su apoyo es de gran precio.

ALONSO

(Aparte.) Es la vida una comedia.
Continúe el fingimiento.

(ALONSO, JUAN y OLMEDO siguen al CONDE. JERÓNIMO se dirige al foro, por donde se pasea conversando con los comediantes, que estudian los papeles sentados en los bancos. Los dos niños juegan sentados al pie de una de las estatuas del segundo término. JUSEPA sigue con la mirada a ALONSO, que no vuelve la cabeza ni para saludarla. LEONA mira con ternura a JUSEPA.)

Escena VII

JUSEPA y LEONA.

JUSEPA

Sufriendo angustia mortal
mis ojos partir le ven.
¿Por qué, si me quiere bien,
ha de juzgarme tan mal?
¡Ni un adiós!... ¡Ni una mirada,
cuando su amor es mi vida!
Los celos son una herida
eternamente enconada,
voraz incendio, que crece
a cada instante que pasa,
que el corazón nos abrasa,
que perturba, que enloquece.
Lenta, angustiosa agonía,
que mata nuestro reposo,
fiero huracán borrascoso,
que en noche convierte el día.
¡Virgen santa, para ti
no hay secretos! ¡De ti espero,
pues sabes cuánto le quiero,
que tenga piedad de mí!

(LEONA, que no ha apartado los ojos de JUSEPA durante el anterior parlamento, se acerca, le coge una mano y le dice con filial ternura.)

LEONA

Si a tu dolor no das tregua,
tan mal la comedia haremos,
que nos acreditaremos
de cómicos de la legua.
¿Por qué tanta confusión,
que en riesgo pone tu fama?
Odio me inspiran la dama
y el soldado del mesón.

JUSEPA

¡Calla!

LEONA

El silencio no apruebo,
que a fuerza de agradecida
quisiera darte la vida
por lo mucho que te debo.
La lucha fiera, incesante,
terminemos de una vez;
para probar tu honradez
una palabra es bastante.
Tú padeces, él padece...
Habla... la verdad pregona.

JUSEPA

Ese secreto, Leona,
a mí no me pertenece;
y aunque una ruda batalla
llene el pecho de inquietud,
la voz de la gratitud
me dice: padece y calla,
y aunque tu dicha se hunda,
no abandones en su duelo
el ángel que fue el consuelo
de tu madre moribunda,
a la que en tu tierna edad
con cariñosa ternura
dio a tu madre sepultura
y cuidó de tu orfandad.
Si hoy su amparo yo no fuera,
siempre, siempre temería
que desde su tumba fría
mi madre me maldijera.

LEONA

¿Por qué ha de ignorar Morales
la historia de esos amores?

JUSEPA

Fuera eso aumentar dolores
sobre el peso de mis males.

LEONA

No comprendo...

JUSEPA

Honrado es,
y si él supiese que están
en poder del Capitán

las cartas de Doña Inés,
sin vacilar le buscara,
las cartas le pediría
y se las arrancaría
aunque la vida arriesgara.
No quiero comprometer
a mi esposo, porque espero
que pueda más que su acero
el ruego de una mujer.
Yo me buscaré la traza.
Veremos al fin quién vence,
que una lágrima convence
mucho más que una amenaza.

(Aparece en el foro EL CAPITÁN, que baja pausadamente hacia el proscenio. JUSEPA, al verle, lanza un grito ahogado. LEONA mira al CAPITÁN con marcada curiosidad.)

LEONA
¡Buen aire! ¡Marcial doncel!

JUSEPA
Vete.

LEONA
¿Es nuestro hombre?

JUSEPA
Sí.
Vete, necesito aquí
quedarme sola con él.

LEONA
Me voy y cierro la boca.
Como a tus ruegos no ceda,
suceda lo que suceda,
yo sé lo que hacer me toca.

(LEONA se reúne con los niños, y sentándose al pie de la última estatua, se pone a jugar con ellos. EL CAPITÁN llega hasta donde está JUSEPA, y dice con pausado y sentido acento.)

Escena VIII

JUSEPA y EL CAPITÁN.

CAPITÁN

Al fin de aquella enramada
a la condesa encontré,
me detuve, la miré,
de mí apartó la mirada,
y aspirando de una flor
la esencia pura y fragante,
siguió el camino adelante
sin fijarse en mi dolor.
No os quejaréis del soldado,
pues la palabra os cumplió:
vio a su dama, y no la habló
aunque la tuvo a su lado.
No pretendo que me ame;
mas si mi presencia esquiva,
con sangre es fuerza se escriba
la falsedad de esa infame.

JUSEPA

Vos, D. Martín de Ibarrola;
vos, tan noble y bien nacido,
que en la guerra gloria hais sido
de la legión española;
vos, el valiente adalid
que alcanzó envidiable fama,
para perder a una dama
no habéis venido a Madrid.
Nunca un noble corazón
a ruines pasiones cede,
pues cuando vengarse puede,
su venganza es el perdón.

CAPITÁN

De vuestra voz el sonido
aquí en mi pecho resuena.
¡Qué buena sois!

JUSEPA

Si soy buena,
concededme lo que os pido.

CAPITÁN

Yo sé que desdichas hartas
por mi culpa padecéis.
¿Qué queréis?

JUSEPA

Que me entreguéis
el medallón y las cartas.

CAPITÁN

No puedo.

JUSEPA

Borrad enojos
que os dejaron triste huella;
vuestra venganza más bella
es el llanto de sus ojos.

CAPITÁN

No puedo.

JUSEPA

Pensad que vos
su honra tenéis en las manos;
que es vengarse de villanos,
y que noble os hizo Dios;
que es Doña Inés desgraciada
no pudiendo disculparse,
que el rey la obligó a casarse
con el Conde de Granada.
Doleos, pues, del profundo
malestar de una mujer,
que hacer bien es el placer
más sabroso de este mundo.
Doleos, pues, de su mal,
tened piedad de su llanto...

CAPITÁN

Vos queréis que sea un santo,
y soy un pobre mortal.

JUSEPA

Si no de santo, tenéis
de noble acciones muy bellas;
el caso resuelvan ellas;
oíd una, y juzgaréis:
Cuenta la fama parlera,
que nada sabe callar,
que en Hungría un militar,
gloria y prez de su bandera,

del combate en lo más fuerte,
vio ante sus pies un soldado
con el pecho ensangrentado
y en la mirada la muerte.
Ambos brazos le tendía
y con ternura abrazaba
un niño, que le besaba
a tiempo que se moría.
-¡Perdón para éste, señor!
le dijo. Soy luterano.
¡Salvad, pues, si sois cristiano,
a esta prenda de mi amor!
Detuvo el corcel brioso
el español caballero,
envainó el terrible acero
y se apeó presuroso.
Vio que de la herida abierta
sangre abundante manaba,
que la vida se acababa,
y que la muerte era cierta.
-Muere en paz, noble soldado,
le dijo. Mientras yo aliente,
te juro que este inocente
ha de vivir a mi lado.-
Luego el soldado murió,
el español cogió el niño,
le dio un beso con cariño,
y en su caballo montó.
Suelta dejando la rienda,
clava al bruto el acicate,
y del lugar del combate
se trasladó hasta su tienda;
y a un viejo que le servía
de escudero así le dijo:
-Cúdale bien, que es un hijo,
Fernán, que Dios nos envía.-
Luego desnudó la espada,
el caballo hizo girar
y se volvió a pelear
por su bandera sagrada.
Ese caudillo que Dios
dio a la legión española
es D. Martín de Ibarrola,
le estoy mirando, sois vos.
¡Por aquel niño querido,
por los míos que allí veis,

por cuanto en el mundo améis,
perdón para Inés os pido!

CAPITÁN

¡Dejadme! (Se encamina hacia la izquierda.)

JUSEPA

(Siguiéndole.) No puede ser:
quien alma tan bella tiene,
a vengarse no se aviene
de una infelice mujer.

CAPITÁN

Empeñado mi honor creo
en verla una vez siquiera.
Esta carta es mensajera
que le explica mi deseo.

JUSEPA

¡Esa carta!...

(Retrocediendo como si temiera tocarla con sus manos.)

CAPITÁN

La ocasión
vos de darla buscaréis.

JUSEPA

¡Ved, señor, que la perdéis!...

CAPITÁN

La desprecia el corazón.

JUSEPA

(Aparte.) ¡Profundo temor me abruma!
¡A un tiempo van a perderse!

CAPITÁN

Hay dos modos de entenderse:
con la lengua o con la pluma.
Elegid...

JUSEPA

(Después de un momento de lucha.)
¡Vano temor!
Venga la carta.

CAPITÁN
Tomad.

(JUSEPA la guarda en su limosnero.)

JUSEPA
¿Confío en vuestra lealtad?

CAPITÁN
¡Confiad!

JUSEPA
¡Gracias, señor!

(EL CAPITÁN sale precipitadamente por la izquierda. Poco antes aparecen por la derecha EL MARQUÉS, REDONDO, CUADRADO y varios caballeros. Al ver a JUSEPA y al CAPITÁN se detienen y ocultan detrás de las estatuas, hablando en voz baja. JUSEPA dirige una mirada al CAPITÁN y pausadamente se acerca adonde están los niños, perdiéndose con ellos y acompañada de LEONA por la espesura del fondo.)

Escena IX

EL MARQUÉS, REDONDO, CUADRADO y caballeros. Luego ALONSO.

CUADRADO
¡Hola! ¡hola! ¿Será éste
el mismo de la posada?

EL MARQUÉS
Caprichos del Capitán,
que, teniendo buena casa,
toma un cuarto en un mesón.

REDONDO
O exigencia de su dama.

(ALONSO aparece por el foro derecha, preocupado con la lectura de un papel que lleva en la mano. EL MARQUÉS y sus amigos bajan riéndose hasta el proscenio.)

CUADRADO
El marido en estas cosas
llega tarde.

EL MARQUÉS

No hace falta:
es que hay un dios tutelar
para la mujer casada.
¡Pobre Morales!

(ALONSO dirige una mirada feroz en derredor suyo, se contiene y oculta detrás de una estatua.)

ALONSO

(Aparte.) ¿Qué dicen?

EL MARQUÉS

¡Qué feliz es la ignorancia!
Luego dirán que calumnia
el conde Villamediana
si con el pobre Morales
y Jusepa la farsanta
la toma, si les escribe
media docena de sátiras.
No están en Madrid seguros.

CUADRADO

¿Qué es en Madrid? Ni aun en Asia.

ALONSO

(Aparte.) ¡Esto más!

EL MARQUÉS

Porque el soneto
pica como una cantárida,
y ha de levantar ampollas
a la hermosa comedianta.

CUADRADO

Y al marido, porque al fin
es el que lleva la carga.

EL MARQUÉS

(Alzando la voz.) Morales busca en la escena
aplausos, renombre y fama;
mas Jusepa poco a poco
se encargará de quitársela.

ALONSO

¡No puedo más!... ¡Miserables!

(Saliendo y colocándose en medio de todos dirigiéndoles miradas amenazadoras.)

¡El conde Villamediana
es un vil calumniador!

EL MARQUÉS
Medid más vuestras palabras.

ALONSO
También tengo yo el soneto
que escribió a Jusepa Vaca,
y puede estar el buen conde
orgullosa de su hazaña.
Si alguno hay que le defienda,
que me mire cara a cara.

EL MARQUÉS
Si no fuerais vos quien sois,
os respondiera mi espada.

ALONSO
Es verdad, soy comediante,
no es ilustre mi prosapia,
ni en mi familia se cuentan
caudillos de la Cruzada.
Fueron mis antepasados,
si es que no miente la fama,
de los que a Huesca en sus hombros
condujeron la campana.
Villanos de pura sangre,
plebeyos de limpia raza,
como viven del trabajo
y el tiempo les hace falta,
no escriben torpes libelos
contra mujeres honradas.
Hay nobles que nobles son,
y hay nobles que se degradan
astrando por el ceno
el escudo de sus armas.
¿Qué tiene que ver, señores,
el oficio con el alma?
Si queréis probar la mía,
al ser la noche cerrada
nos daremos un paseo
por la orilla del Jarama,

y allí, a la luz de la luna,
bajo la espesa enramada,
sin más testigos que Dios
que ha de juzgarnos mañana,
os probará un comediante
que títulos no hacen falta
para vengar las ofensas
y castigar las infamias.

EL MARQUÉS

Acepto: al anochecer,
en la orilla del Jarama.
Aquí podéis esperarme
cuando concluya la farsa,
y allí veremos si corta
como la lengua la espada.
Mas si tanto os interesa
el honor de vuestra casa,
buscadle en el limosnero
de Jusepa la farsanta,
pues siempre al marido pierde
la excesiva confianza.

(Los cortesanos rodean al MARQUÉS, que dirige miradas de desprecio a ALONSO, quien, atónito y como poseído de un parasismo, estruja entre sus manos el soneto.)

ALONSO

¿Qué dice ese hombre?

CUADRADO

(Al MARQUÉS.) ¡Bien dicho!

EL MARQUÉS

Yo castigaré su audacia.

REDONDO

Mas no os batiréis.

EL MARQUÉS

Le haré
ese honor. (Desaparecen.)

Escena X

ALONSO. Poco después JUSEPA, LEONA y niños.

ALONSO

Podéis buscarla
en su limosnero... Sí,
la buscaré. ¡Ah! ¡Me falta
aire para respirar,
corazón para matarla!

JUSEPA

(Saliendo y hablando aparte con LEONA.)

Nada pude conseguir,
mas no pierdo la esperanza,
que es D. Martín caballero
y tiene muy bella el alma.

(JUSEPA repara en su marido, que está leyendo un papel, se acerca, apoya cariñosamente sus manos en el hombro de su esposo, y le dice con ternura.)

¿Ensayas?

ALONSO

¡Ah! Sí, un soneto
del conde Villamediana.
Escucha, es cosa de risa.
Oye... tiene mucha gracia:

(ALONSO lee pausadamente y con burlona sonrisa el soneto. JUSEPA le oye mirándole con recelosa inquietud.)

«-Oiga, Jusepa, mire que ya pisa
»esta corte del rey; cordura tenga;
»mire que el vulgo en murmurar se venga,
»y el tiempo siempre sin hablar avisa.
»Por esta dura y eficaz divisa
»que de hablar con los príncipes se abstenga,
»y aunque uno y otro duque a hablarla venga,
»su marido no más, su honor y misa.-
»Dijo Morales y rióse un poco;
»mas la Jusepa le responde airada:
»-O lleve el diablo tanto guarda el coco.
»¡Malhaya yo si fuese más honrada!-
»Pero como ella es simple y él es loco,
»miró al soslayo, fuese, y no hubo nada».
¿Qué te parece?

JUSEPA

¡El autor
es un vil! ¡Me causa lástima!
Ensayemos.

ALONSO

Sí, ensayemos,
que en el mundo todo es farsa.

JUSEPA

¿Qué tienes? (Mirándole fijamente.)

ALONSO

¿Qué he de tener?...
Nada.

JUSEPA

¿Nada?

ALONSO

¡Nada! ¡Nada!
Ensayaremos la escena
cuando Lupericio le arranca
a su mujer los dos hijos;
la siento con toda el alma
aquí. Tú empieza. ¡Leona!
con los niños preparada.
(Aparte.) Yo veré si el limosnero
mi honra, como dicen, guarda,
y si es verdad, en verdad
se va a convertir la farsa.

JUSEPA

(Aparte.) ¡No sé qué leo en sus ojos
que me aterra, que me espanta!

(JUSEPA lee en el papel de su comedia como si ensayara.)

«Vos el sombrero en los ojos,
»vos los ojos en el suelo,
»que éstos tienen por despojos,
»decidme, por Dios del cielo,
»si tenéis conmigo enojos.
»Mi bien, alma de esta vida,
»¿qué os he dicho? ¿qué os he hecho?
»¿No me habláis?

ALONSO

»¡Ah mujer fingida!
»Aspid que entraste en mi pecho
»y estás en el alma asida;
»amigo vil que te alejas
»en viendo pobreza y quejas;
»víbora que concebí,
»que para salir de mí
»el pecho abierto me dejas;
»rayo que me has abrasado
»dejando sano el vestido,
»enemigo perdonado,
»ingrato que me has vendido,
»y deudo que me has negado;
»enmascarada homicida,
»calentura lenta asida
»con tan tibio proceder,
»que no se echando de ver
»está acabando la vida;
»fuego secreto sin llama,
»que nunca de abrasar cesa,
»vil en obras, casta en fama,
»arpía en mi alegre mesa
»y Clitemnestra en mi cama;
»mujer de quien este ser
»aún no quisiera tener;
»mujer que tan mal viviste,
»que por ser mujer, quisiste
»dejar de ser mi mujer.

JUSEPA

»¿Qué os han dicho, mi señor,
»dulce bien mío y mi vida,
»que con tanto desamor
»me llamáis vuestra homicida,
»fe falsa, y paz de traidor?
»Que de que vos me matéis,
»que soy vuestra humilde hechura,
»ningún agravio me hacéis;
»siento por más desventura
»sólo el ver que me afrentéis.
»¿Queréismelo decir?

ALONSO

»¡Calla!

»¡Calla, sierpe venenosa,
»que entre la yerba se halla,
»flor de adelfa, araña en rosa,
»con más yerros que una malla!
»No quieras saber lo que es,
»que no habrá muerte decente...

JUSEPA

»Alto, señor; si así es,
»dejadme como inocente
»que me arrodille a esos pies.
»Tres estamos a este fiero
»sacrificio prevenidos:
»tú con el desnudo acero,
»hechos piedras los oídos,
»inexorable y severo;
»yo cual víctima inocente,
»y el ángel que condolido
»te está diciendo "¡Detente!"
»en mis entrañas metido
»y a la ejecución presente.

ALONSO

»¡Dame mis hijos!

JUSEPA

»Saber
»quiero adónde se los llevan.

ALONSO

»Donde no los has de ver.

JUSEPA

»¡Señor, Enrique ¡ay! y Esteban
»partid con esta mujer!

ALONSO

»Ya no, que no lo eres mía.

JUSEPA

»¡Mi bien, mi señor! (Arrodillándose a sus pies.)

ALONSO

»Desvía.

JUSEPA

»¿No son bienes gananciales?

ALONSO

»Los hijos no, celestiales,
»que el cielo nos da y envía.

JUSEPA

»Llevaos a Esteban, señor.

ALONSO

»Aunque él mismo lo suplique,
»vete, infamia de mi honor.

JUSEPA

(En un arranque de maternal ternura.)

»Dejadme, señor, a Enrique,
»que me costó más dolor».

(ALONSO en este momento de lucha introduce la mano en el limosnero de JUSEPA, y saca un papel. Se aparta bruscamente lanzando un grito, y lo lee con acento convulso. JUSEPA le mira sin comprender aquel cambio brusco.)

ALONSO

(Leyendo.) «Pues la perfidia no arredra
a tu corazón artero,
al dar las doce te espero
junto a la estatua de piedra
del rey Felipe Tercero.
¡Ay si, olvidando mi amor,
borras la promesa escrita
a los pies del Redentor,
pues si faltas a la cita,
haré pedazos tu honor».

(JUSEPA se acerca, y ALONSO le enseña la carta.)

¡Infame! ¡Mira!

JUSEPA

(Retrocediendo.) ¡Qué has hecho!

ALONSO

En tu limosnero estaba,
y aún la duda se albergaba
en el fondo de mi pecho.
¡Leona! ¡Mis hijos!

JUSEPA
¿Qué intenta?

LEONA
¿Tus hijos?... (Como no comprendiendo lo que dice.)

ALONSO
¡Sí, me los llevo!

JUSEPA
¿Te los llevas?...

ALONSO
¡Yo no debo
soportar tamaña afrenta!

JUSEPA
¡Alonso!

ALONSO
¡Aparta!

JUSEPA
¡Insensato!
¡Por mis hijos te juré,
y no quieres darme fe!...

ALONSO
¡Como te acerques, te mato!
¡Dame mis hijos!

JUSEPA
¡Atrás!
Si has perdido la razón,
arráncame el corazón,
pero mis hijos... ¡jamás!

(JUSEPA abraza a sus hijos. LEONA se coloca a su lado. ALONSO mira en derredor suyo, saca el puñal, y lo envaina al acercarse EL CONDE DE GRANADA, EL MARQUÉS, REDONDO, CUADRADO, JERÓNIMO, OLMEDO y acompañamiento, que bajan por el foro.)

Escena XI

Dichos, EL CONDE, EL MARQUÉS, CUADRADO, JERÓNIMO y acompañamiento.

EL CONDE

Morales, vamos...

ALONSO

(Después de un momento de lucha consigo mismo, y como el que se resuelve por fin.)

No voy.

EL CONDE

¡Que espera el rey y el infante!

ALONSO

Es que hoy no soy comediante.

EL CONDE

¡Qué!...

ALONSO

No hago comedias hoy.

(Movimiento general de asombro. EL CONDE, como si no diera crédito a lo que oye, se acerca a ALONSO, que en mitad del teatro dirige fieras miradas a su esposa, dominando el temblor convulsivo que le agita.)

EL CONDE

¿Estás loco?...

ALONSO

(Riéndose.) Puede ser.

EL CONDE

Piensa que el rey se impacienta.

ALONSO

¡Yo sólo pienso en mi afrenta
y en matar a una mujer!

EL CONDE

¿Qué dices?

ALONSO

¡Dejadme!

JUSEPA

¡Oh, Dios!
¡Por tus hijos!...

ALONSO
¡Quita! ¡Aparta!

EL CONDE
Vamos, mi paciencia es harta.
Vamos.

JUAN
¡Morales!

ALONSO
Id vos.

EL MARQUÉS
Se pierde sin remisión.

EL CONDE
¡Y su planta no se mueve!...

EL MARQUÉS
El rey esperar no debe
a un comediante, a un histrión.

(ALONSO, al oír la voz del MARQUÉS, hace un movimiento de ira, se queda mirándole y le dice con acento altanero.)

ALONSO
Decidle a su majestad,
si mi conducta le extraña,
que si él es el rey de España,
rey soy de mi voluntad.

(Todos los comediantes rodean a ALONSO en ademán suplicante. LEONA, JUSEPA y los niños quieren cogerle las manos para besárselas. ALONSO los rechaza. EL CONDE se detiene un momento, y por fin, cansado de esperar, se dirige hacia el foro acompañado del MARQUÉS, que figura hablarle con calor en voz baja.)

COMEDIANTES
¡Maestro!... (Como suplicándole.)

ALONSO
(Saliendo bruscamente del círculo que le rodea.)
¿Por qué se me asedia?

¡Si me aplican el tormento,
cuando más, daré un lamento,
pero no haré una comedia!

EL CONDE

¡Basta ya! ¡Guardias!...

JUSEPA

¡Dios mío!...

(Asoman por el foro algunos alabarderos del rey. EL MARQUÉS y los dos poetas bajan al proscenio demostrando su alegría. Movimiento general de terror al ver los guardias. ALONSO, en medio de la escena, dirige miradas amenazadoras al MARQUÉS y a JUSEPA.)

EL CONDE

Puesto que, insensato, loco,
hasta su rey tiene en poco,
¡prendedle!

(Los soldados cogen a ALONSO por los brazos y lo desarman. ALONSO no cesa de mirar al MARQUÉS y a JUSEPA, riéndose sarcásticamente.)

JUSEPA

(Al CONDE.) ¡En vos confío!
¡Ved, señor, que él es mi vida,
que en triste llanto me anego!

ALONSO

(Hace un esfuerzo para desprenderse de las manos de los soldados, y dice con desesperación:)
¡No me ofendas con tu ruego,
adúltera fementida!

JUSEPA

¡Jesús! ¡Yo adúltera!... ¡Miente!
Que limpio y puro es mi honor.
¡Mas perdonadle, señor,
porque es un pobre demente!

ALONSO

Marqués, no olvido la afrenta,
y al verme libre mañana,
con vos y Villamediana
espero arreglar la cuenta.

(Los guardias se llevan a ALONSO por el foro con violencia. JUSEPA tiende las manos hacia su esposo, y dice.)

JUSEPA

¡Preso mi esposo! ¡Y aquí
me dejáis con mi dolor!
¡Alonso, mi bien, mi amor,
alma del alma! ¡Ay de mí!

(Cae desvanecida en los brazos de LEONA y los comediantes, que la rodean procurando consolarla. MAESE JERÓNIMO se acerca poco a poco al grupo que forman el MARQUÉS y los cortesanos.)

LEONA

(Al CONDE.) ¡Salvadle!

EL CONDE

(A LEONA.) Le salvaré.

EL MARQUÉS

Vencimos, y su lugar
las gracias han de ocupar.

JERÓNIMO

(Asoma la cabeza por entre los cortesanos.)
Sí, pero yo os silbaré.

EL MARQUÉS

¡Vos!

JERÓNIMO

(Con dramática energía.) ¡Silbaré, lo repito,
con mis mosquetes tonantes!
¡Os lo juro por Cervantes,
que es mi santo favorito!

ACTO III

Modesta habitación en casa de JUSEPA VACA. Al fondo una alcoba cubierta por una cortina de percal blanco. En el primer término de la izquierda un sillón de vaqueta, sillas de madera y una mesa de pino cubierta con una tapeta sobre la cual se ven algunos libros y un velón encendido. En el primer término de la derecha un reclinatorio forrado de paño

negro, donde se ve la imagen de un Cristo de talla, alumbrado por una pequeña lámpara. Puerta y ventana practicables en el segundo y tercer término de la izquierda dan paso a la calle. Puerta en el segundo término de la derecha, que comunica con el interior de la habitación. En las paredes se ven algunos cuadros místicos y dos panoplias con las espadas y armas de ALONSO MORALES. Todo debe respirar aseo y modestia. Es de noche.

Escena I

Al levantarse el telón aparece el viejo SALVADOR sentado en el sillón, con un libro en la mano, leyendo. A sus pies, sentados en dos taburetes, se hallan los dos niños, que se apoyan cariñosamente en sus rodillas. LEONA de pie detrás del anciano, apoyándose en el respaldo del sillón. JUSEPA sentada en una silla junto a la mesa, con la mirada fija en el Cristo del reclinatorio.

SALVADOR

(Leyendo con voz pausada.)

«Ha venido de repente un huracán por la parte del desierto, y conmoviendo las cuatro esquinas de tu casa, la ha derribado, cogiendo debajo a tus hijos, que han quedado muertos.

»El fuego del cielo ha reducido a cenizas tus ovejas y tus pastores.

»Los caldeos se han arrojado sobre tus camellos y tus bueyes, y se los han llevado.

»Los sabeos han robado todo cuanto tenías y degollado a tus siervos.

»Entonces Job, el varón justo, se levantó, rasgó sus vestiduras, y postrándose en tierra, dijo:

-»El Señor me dio los bienes, el Señor me los quita. ¡Bendito sea el nombre del Señor!».

«Breves son los días del hombre, contado el número de sus meses: si un árbol fuese cortado, hay esperanza que reverdezca y eche nuevos retoños; mas el hombre, una vez muerto y consumido, ¿dónde está?

»Hay una senda que no conoció ave alguna, ni la pisaron nunca los hijos del león. ¿En dónde se halla la sabiduría? ¿Cuál es el lugar de la inteligencia?

»El hombre no conoce su valor, ni ella está en la tierra de los hombres.

»El abismo dice: «No está dentro de mí»; y el mar afirma: «Ni conmigo tampoco».

»No se compra con oro finísimo ni se cambia a peso de plata; no tiene comparación con ella ni el topacio de Etiopía ni el diamante de Oriente. ¿De dónde viene la sabiduría? ¿Cuál es la morada de la inteligencia?

»Y dijo al hombre: «El temor del Señor, esa es la sabiduría. Apartarse del mal, esa es la inteligencia». ()

(SALVADOR deja el libro sobre la mesa, se enjuga los ojos, y colocando las manos sobre las cabezas de los niños dice.)

No borréis de la memoria
de Job la historia sentida,
porque imitándole en vida
se halla en la muerte la gloria.
La riqueza no os dé afán,
pues las dichas y pesares,
cual las olas de los mares,
conforme vienen se van.

JUSEPA

(Como hablando consigo misma.)

¡Pobre Alonso! El corazón
tendrá ya despedazado.
¡Él, tan bueno, tan honrado,
y hallarse en una prisión!

SALVADOR

¡Hijo, ven, te necesita
mi alma, que muere sin ti!

LEONA

Vamos, ¿ya estamos aquí
soltando la lagrimita?
¡Es mucho asunto, señor!
(En voz baja a SALVADOR.)
¿No le basta que se sepa
que el rey perdona? ¡Jusepa!...
¡Vamos, padre Salvador!...
Dejad ya tantos gemidos,
que estos ángeles del cielo
están viendo vuestro duelo
tristes y descoloridos.

(El viejo se enjuga las lágrimas. JUSEPA se levanta y se va acercando poco a poco hacia donde están sus hijos.)

NIÑO 1.º

Dime, abuelito, y perdona:
¿por qué no viene mi padre?
¿Por qué lloras tú y mi madre
y nosotros y Leona?

SALVADOR

Yo no lloro... Cuando leo,
con la luz la vista irrito.

NIÑO 1.º

¡Ah! Perdóname, abuelito,
si digo que no te creo.
Antes tú todos los días
alegre el lecho dejabas,
y con nosotros jugabas
y con nosotros reías.
Hoy en tu semblante advierto
el dolor y la ansiedad.
¡Dime, por Dios, la verdad!
¿Es que nuestro padre ha muerto?

JUSEPA

¡Muerto no, Virgen María!
Vive, y pronto le veremos.

NIÑO 1.º

Pues entonces, no lloremos,
que él volverá, madre mía.

JUSEPA

Hijos, es tarde... A dormir,
y vos también, padre mío.

SALVADOR

No me acuesto, pues confío
que esta noche ha de venir.

(SALVADOR habla aparte con JUSEPA; LEONA con los niños.)

NIÑO 2.º

Buenas noches. (Besa la mano a su madre y a su abuelo.)

JUSEPA

Que os dé Dios

un sueño dulce y bendito.

(LEONA conduce a los niños hasta el reclinatorio, les levanta para que besen los pies al Cristo, y se dirige hacia la alcoba. El NIÑO .º se detiene y dice.)

NIÑO 1.º

¡Qué! ¿No vienes, abuelito?

SALVADOR

Voy de vosotros en pos.

(Entran en la alcoba los niños y LEONA.)

Escena II

SALVADOR y JUSEPA.

JUSEPA

¿Os quedáis?

SALVADOR

Iré después.

¿Crees que será verdad
que le haya su majestad
perdonado?

JUSEPA

Doña Inés

así a decirlo me envía,

y así creerlo debemos.

Volverá, en Dios confiamos.

SALVADOR

¿Y cuándo será ese día?

¡Volverá! ¡Cómo ha de ser!

Siete días hace ya

que me decís volverá,

y no le veo volver.

Siete días que besó

por última vez mi frente,

siete días que está ausente,

siete días que partió,

siete días que cruel

deja en olvido mis canas,

y esos días las semanas
me parecen de Daniel.

JUSEPA

No aumentéis vuestro dolor
haciendo mi alma pedazos.
Muy pronto aquí en dulces lazos
a juntarnos va el amor;
muy pronto vuestros temores
se van a desvanecer,
y este hogar volverá a ser
nido de nuestros amores.

SALVADOR

En vano quieres la calma
devolverme, no te creo,
porque en tu semblante leo
los pesares de tu alma.

JUSEPA

Vamos, señor, a dormir;
sois muy viejo, estáis enfermo...

SALVADOR

El caso es que si me duermo
no voy a verle venir.

JUSEPA

Yo os llamaré.

SALVADOR

No lo harás.

JUSEPA

No seáis desconfiado.

SALVADOR

Cuando Alonso esté a tu lado,
de mí no te acordarás.

JUSEPA

¿Dudáis?

SALVADOR

De tu amor lo exijo
y de tu bondad lo espero:

deseo ser el primero
en abrazar a mi hijo.

JUSEPA
Lo seréis.

SALVADOR
En ti confío.

JUSEPA
Hacéis bien en confiar.

SALVADOR
Tú te quedas a velar,
como siempre.

JUSEPA
Padre mío,
dejad que con triste afán
ayes exhale mi pecho,
pues mi esperanza y mi lecho
de Cristo a los pies están.
Vedle, sus brazos me tiende
desde su afrentoso leño,
y cuando me rinde el sueño,
me protege y me defiende.
Vedle, en su dulce mirar,
«Mujer, me quiere decir,
ten fuerza para sufrir,
y fe en mí para esperar.
Yo sé que tu corazón
no abriga culpa liviana,
y para ti está cercana
la hora de la redención».
Dejad, pues, que el lecho sea
de esta mujer desgraciada
junto a la imagen sagrada
del Mártir de Galilea.

SALVADOR
En el sillón dormiré,
pues acostarme no quiero.
Si viene... ¡por Dios! espero
me avises.

JUSEPA

Así lo haré.

(JUSEPA conduce a SALVADOR hasta la alcoba, a tiempo que sale LEONA. Momento de pausa. Se oye una voz que grita en la calle.)

UNA VOZ

¡Nuevo decreto de su majestad el rey, desterrando a Portugal al Marqués de Heliches y al conde Villamediana! ¿Quién pide otro? ¿Quién pide otro? ¡A maravedí! ¡Tasa del Concejo!

(LEONA abre la ventana, y dice.)

LEONA

¡Ciego! Dadme uno.

CIEGO

Tomad.

(LEONA saca el brazo por la ventana inclinando el cuerpo hacia la calle, y coge un papel; se retira dejando la ventana sin cerrar, se acerca a la luz y se pone a leer el decreto. JUSEPA sale de la alcoba y se reúne con LEONA.)

Escena III

LEONA y JUSEPA.

LEONA

(Después de leer para sí.)

¡Desterrados! ¡Oh, qué gozo!

JUSEPA

¿Qué es eso?

LEONA

(Dándola el papel.) Que el rey destierra

a dos nobles muy famosos

por sus lenguas viperinas,

sus chismes y sus embrollos.

¡Viva el rey!

JUSEPA

¡Calla, aturdida!

(Lee para sí el decreto.)

LEONA

Sí, con el alma les odio;
si ellos de nuestras desdichas
la culpa tienen tan sólo,
juro que, en vez del destierro,
si yo soy rey, les ahorco.

(Llaman a la puerta. LEONA corre a abrir. JUSEPA dirige una mirada llena de ansiedad hacia la puerta.)

JUSEPA

¿Será el Conde o Doña Inés?
¡Dios mío, si será Alonso!

(Corre hacia la puerta, a tiempo que entra JERÓNIMO riéndose a carcajadas.)

Escena IV

JUSEPA, LEONA y JERÓNIMO.

JERÓNIMO

¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

LEONA

¡Qué buen humor
trae maese Jerónimo!

JERÓNIMO

¡Oh! ¡Mucho! (Mirando en derredor.)
(Aparte.) Aún no ha venido;
esto me gusta muy poco.

JUSEPA

¿Habéis estado en la cárcel?...
Decidme, ¿visteis a Alonso?...

JERÓNIMO

Sí...

JUSEPA

¿Y cómo está?

JERÓNIMO

Muy bien.

JUSEPA

¿Cuándo queda libre?

JERÓNIMO

Pronto.

JUSEPA

¿Se acuerda de mí? ¿Pregunta
por sus hijos?

JERÓNIMO

Sí, por todos.

(Aparte.) ¡Pobre mujer!...

JUSEPA

No comprendo
por qué son tan rigurosos
conmigo: se me prohíbe
entrar en su calabozo;
en vano ruego mil veces
con lágrimas en los ojos,
con la agonía en el alma,
con el dolor en el rostro.
¡Yo debo ser muy infame,
pues me rechaza mi esposo!...
¡Tú sólo sabes, Dios mío,
lo que soy... lo que le adoro!

(JUSEPA se dirige al reclinatorio y se queda mirando al Cristo en actitud suplicante.

LEONA se coloca a su lado.)

JERÓNIMO

(Aparte.) ¿En dónde se habrá metido?

¡Él se empeñó en venir solo!

(Se acerca a JUSEPA, y cambiando de tono, le dice.)

Vamos, Jusepa, Morales
tiene amigos poderosos,
y si no viene esta noche,
vendrá mañana o el otro.

JUSEPA

El pobre estará muy mal
en la cárcel.
¡Tan famoso!

JERÓNIMO

Un poco menos moreno
y un poco más sucio y roto,
un poquito más barbudo,
y otro poquito más gordo,
porque el aire de la cárcel
pone a los hombres más fofos.

JUSEPA

¡Alegre estáis!

JERÓNIMO

La alegría
es mi único patrimonio.
Además, hay ciertas cosas
que inflan el pecho de gozo.

JUSEPA

¡Dichoso vos!

JERÓNIMO

Francamente,
puedo llamarme dichoso,
que es la venganza sabrosa,
y hoy me vengué de los otros.

JUSEPA

¿Qué sucede?...

JERÓNIMO

(Con cierto énfasis.) En el corral
de la Cruz el trueno gordo.
(Aparte.) Cambio de conversación,
a ver si la alegro un poco.

JUSEPA

¿Silbastes a las tenientas?

JERÓNIMO

Sí, de un modo estrepitoso.

JUSEPA

Hiciste mal, pues las silbas
representan el encono,
que es el comediante débil
y es muy fuerte el auditorio.

Nosotros somos esclavos
que, atados codo con codo,
se nos veda defendernos
mientras nos hieren el rostro.

JERÓNIMO

Yo, como buen español,
me dejo saltar un ojo
con tal de saltar los dos
al que me sirve de estorbo.

LEONA

Contadnos lo sucedido.

JERÓNIMO

Oíd, que el caso es chistoso:
Al concluir las guitarras
de rascarnos el exordio,
se descorrió la cortina,
y vimos salir al bobo
gesticulando lo mismo
que gesticulan los monos.
Allí comenzó una loa,
producto de algún meollo
que por carecer de sal
le llamó el público soso,
y las tenientas salieron
frescas como tres pimpollos.
Dio principio la comedia,
que era el parto laborioso
de dos ingenios que juntos
no llegan ni a medio tonto.
Llámase el uno Cuadrado,
llámase el otro Redondo,
y como nada hay agudo,
parieron un hijo romo.
Mis valientes mosqueteros
fijaban en mí sus ojos,
esperando la señal
para armar el alboroto.
Yo, como un perro de muestra,
estaba inmóvil y fosco,
cuando una de las tres gracias,
haciendo mil corococos
y moviendo las caderas
y meneando los hombros,

se presentó en el tablado
diciendo: «Allá va el pimpollo;
límpiense ucedes las babas
y admiren a un cuerpo hermoso».
Ocupada en enseñarnos
la gracia de sus contornos,
se le trabuca la lengua;
no halla la palabra pronto;
por decir bula de Meco,
nos dice bula de moco.
Entonces estos dos dedos
en los dientes me coloco,
les doy fuerza a los pulmones,
despido de viento un chorro
y suelto un silbido que hizo
caer de espaldas a un sordo;
y se arma tal tremolina,
huracán tan borrascoso,
que se convirtió el corral
en mar cercado de escollos,
donde la tumba encontraron
los autores y los cómicos.
El uno les grita: «¡Vete!»
«¡No te vayas!» dice el otro.
«¡Dadle un pañuelo!» «¡A la cárcel!»
Y azorados como tórtolos
los ingenios, el teatro
abandonan presurosos;
las tenientas se refugian
aterradas en el foso;
el maestro de hacer nubes
corre la cortina atónito;
se escapan los guitarristas,
se dispersa el auditorio,
derribando al alojero,
que tiene el puesto en el pórtico;
y yo, subido en un banco,
de mi victoria orgulloso,
me calo bien el chapeo,
hasta las cejas me embozo
y les grito: «Así castiga
el zapatero Jerónimo
a los que el arte profanan
en este templo de Apolo».

JUSEPA

¡Qué vergüenza! Fuiste injusto.

JERÓNIMO

Un poquillo, lo conozco;
mas lo juré por Cervantes,
y yo su nombre no invoco
en vano... Tampoco olvido
lo que hicieron con Alonso.
Si en Aranjuez nos vencieron,
aquí vencimos nosotros.
Soy amigo de Morales,
amigo, y punto redondo.
(Aparte.) La tardanza del maestro
ya me tiene caviloso.

(Llaman a la puerta de la calle. JUSEPA corre a abrir. LEONA y JERÓNIMO lanzan un grito de alegría.)

JUSEPA

¡Será él!...

JERÓNIMO

¡Gracias a Dios!

(Se dirige hacia la puerta, por la que aparecen DOÑA INÉS y JUAN RANA.)

JUSEPA

¡Doña Inés!... ¡Juan!...

JERÓNIMO

(Aparte.) En un pozo

sin duda cayó Morales...
Esto me gusta muy poco.

Escena V

Dichos, DOÑA INÉS y JUAN RANA.

DOÑA INÉS

¡Jusepa!

JUSEPA

¡Señora! (Con respeto.)

DOÑA INÉS

(Abrazándola.) Hermana
quiero me llames desde hoy,
pues sólo ese dulce nombre
apetece el corazón.

JUSEPA

¿Qué sabéis del pobre Alonso?

DOÑA INÉS

Sé que el rey le perdonó,
y que mi esposo me envía
para calmar tu aflicción.
Sé que el Conde vendrá en breve,
y que antes que el nuevo sol
con su luz alumbre el día
mitigarás tu dolor.

JUSEPA

¡Cuántos favores os debo!...

DOÑA INÉS

(En voz baja.) No te debo menos yo,
pobre mártir inocente.
Tu santa resignación
llena de luto mi pecho
y mi frente de rubor.

JUSEPA

¡Callad, que escucharos pueden!...

DOÑA INÉS

A veces tentada estoy
de revelárselo todo
al Conde.

JUSEPA

¡Callad, por Dios!...

(Hablan en voz baja. LEONA desde el principio de la escena permanece apoyada en el respaldo del sillón y pensativa. JERÓNIMO y JUAN RANA en el extremo opuesto que ocupan JUSEPA y DOÑA INÉS, que figuran mantener una viva conversación en voz baja.)

LEONA

(Aparte.) De niña me recogieron
y los debo cuanto soy;
padres tiernos y amorosos
fueron para mí los dos.
La gratitud es la ley
que nos impone el honor;
es preciso que les pague
las deudas del corazón.

JUAN
Yo estaba en casa del Conde,
y os juro que allí no entró.

JERÓNIMO
Pues yo le dejé en la puerta,
y allí me dijo: «¡Por Dios!
que a Jusepa no digáis
que salí de la prisión,
pues cuando salude al Conde
iré a decírselo yo».

DOÑA INÉS
Jusepa, mientras no tenga
las cartas y el medallón,
todo me aterra y me espanta.

JUSEPA
Aunque duden de mi honor,
os juro que los tendréis;
pero es preciso que vos
expliquéis en una carta
vuestra grave situación.

LEONA
(Mirando a JUSEPA con marcada inquietud.)
Algo que me causa miedo
leyendo en su rostro estoy.

JUAN
¿Opináis que le busquemos?

JERÓNIMO
Me parece lo mejor,
porque su tardanza empieza
a inquietar mi corazón.

LEONA

En esta misma posada
vive el Capitán. ¡Valor!

(LEONA se dirige disimuladamente a una de las panoplias, coge un puñal y se lo oculta.)

La huérfana desvalida
va a pagar de una vez hoy
todo, todo lo que debe
de gratitud y de amor.

(LEONA dirige una mirada en derredor suyo, y persuadida de que nadie se ocupa de ella,
sale precipitadamente por la puerta que da a la calle.)

Escena VI

Dichos menos LEONA.

JUAN
Si nos dais vuestro permiso,
vamos a salir los dos
un instante.

JUSEPA
¿Vais a verle?

JERÓNIMO
Tal, vez.

JUSEPA
¡Qué dichosos sois!
Todos pueden consolarle,
todos allá en su prisión
el interés que os inspira
le demostráis, menos yo.

JERÓNIMO
Yo espero que el llanto pronto
se convierta en buen humor.

¡Quién sabe si Alonso se halla
libre!

JUSEPA
¡Cómo!

Digo yo
que, teniendo como tiene
al Conde por protector,
y no hallándose en las garras
de la Santa Inquisición,
que a más de cuatro inocentes
en la hoguera achicharró,
siendo su delito leve,
es de suponer que hoy
le digan: «Vete a tu casa».

(Aparte a JUAN, cambiando de tono.)

Vámonos, porque si no
voy a faltar sin querer
a mi palabra de honor.

JUAN
Volveremos muy en breve,
pues soy vuestro rodrigón.
Vendré a buscaros.

DOÑA INÉS
El Conde
vendrá también.

JUSEPA
Id con Dios,
y aconsejadle a mi Alonso
que me tenga compasión.

(Salen JUAN RANA y JERÓNIMO.)

Escena VII

JUSEPA y DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS
¡Ah! Por fin, ya sin temor
hablar a solas podemos.

JUSEPA
Por un momento olvidemos
mis cuitas por vuestro honor.

DOÑA INÉS

¡Cuánta angustia! ¡Cuánto afán!

¡Esto, hermana, no es vivir!

¿Qué debo hacer?

JUSEPA

Escribir

una carta al Capitán,
pintarle vuestra agonía,
decirle que vuestra suerte,
vuestra vida o vuestra muerte
dependen de su hidalguía;
hacerle al fin comprender
con la voz del corazón
el dolor, la expiación
de vuestra falta de ayer;
que en estos lances jamás
la batalla ha de esquivarse,
porque es preciso mostrarse
generosos a cuál más,
vos ante su justo encono
inclinando la cabeza,
y él mostrando su nobleza
diciendo: «¡Yo te perdono!»

DOÑA INÉS

¿Y si a mi ruego responde
siendo inflexible, exigente?

JUSEPA

Entonces dobla tu frente,
revélalo todo al Conde:
eso el deber te prescribe;
y cuando el Conde te oyere,
si te dice «Muere», muere;
si te dice «Vive», vive.

DOÑA INÉS

¡Morir!... ¡Qué importa morir
si el alma se tiene herida!...
Si estoy viviendo sin vida,
¿para qué quiero vivir?...
No es la muerte lo que aqueja
mi espíritu; yo no temo
ese momento supremo

en que el alma al cuerpo deja.
No esperes que la rechace;
que el dedo de Dios escribe
que para morir se vive
desde el día en que se nace.
Lo que causa mi tormento,
lo que me aterra y espanta,
es el eco que levanta
en mi alma el remordimiento.
Ese es el juez vengador
que eternamente me grita:
«En tu conciencia está escrita
la palabra deshonor...»
Y antes que a la luz del día
esa palabra saliera,
si mil vidas yo tuviera,
mil vidas me quitaría.

JUSEPA
¿Le amáis?

DOÑA INÉS
Le amé con pasión,
con ese amor verdadero
que es el perfume primero
que embriaga el corazón,
con esa ternura incierta
de nuestra infancia querida,
pues él con voz conmovida
le dijo a mi alma: «Despierta».
Y el alma se despertó
de su sueño venturoso,
vio que era el amor hermoso,
y con ternura le amó.
Bastándole un sólo instante
de locura y devaneo
para que el amor pigmeo
se volviera amor gigante.
Mas no temas que sucumba
aunque amor mi pecho hiere,
que a mi amor le he dicho: «¡Muere!»
¡y es mi corazón su tumba!

JUSEPA
Su hidalguía es mi esperanza.
Escribid... Yo le veré.

DOÑA INÉS

Tu consejo seguiré,
pues ya nada se me alcanza.
Tú eres mi único consuelo;
a no hallarte en mi camino,
¿qué fuera de mi destino?

JUSEPA

Así lo ha querido el cielo.
Vamos, pues, juntas las dos
do el destino nos arroja,
que no se mueve una hoja
sin la voluntad de Dios.
La vida es continua guerra
entre tinieblas y luz.
¡A quién le falta una cruz
y un calvario en esta tierra!
Escribid; de esta partida
termine la lucha ruda,
pues mientras mi honra esté en duda,
estoy viviendo sin vida.

DOÑA INÉS

No sé qué tiene tu acento
que mis inquietudes calma.

JUSEPA

Escribid, mas con el alma,
que lleva el convencimiento,
y no olvidéis un instante,
mientras que la mano escriba,
que, en vez de hallaros altiva,
debe hallaros suplicante.
Vuestro escudo es la humildad,
vuestra expiación sufrir.

(DOÑA INÉS se acerca a la mesa, JUSEPA la detiene.)

Ahí no... Pueden venir...
En mi dormitorio entrad.
Id, que yo os espero aquí.
Cuando la carta acabéis,
rogando a Dios me hallaréis
por vos, condesa, y por mí.

(JUSEPA entrega el velón a DOÑA INÉS y la acompaña hasta la puerta; luego se queda un instante inmóvil, exhala un suspiro y se dirige hacia la alcoba del fondo, descorre un poco la cortina y contempla con ternura a sus hijos y al viejo, dormidos. El teatro queda débilmente iluminado, sin más luz que la de la lámpara del Cristo.)

Escena VIII

JUSEPA sola.

JUSEPA

¡Duermen!... ¡Sueño venturoso!...

Sueño dulce, sueño hermoso,

que de mis ojos se aleja,

¡cuándo le darás reposo

a esta inquietud que me aqueja!...

¡Sueño, muerte de la vida,

vida de nuestra existencia,

corta tregua en que se olvida

los dolores de la herida

que encona nuestra conciencia!

Parece que en mí sufrir

muestra el infortunio empeño.

Esto ¡ay de mí! no es vivir...

Me estoy muriendo de sueño,

y no me puedo dormir.

(Se acerca pausadamente hacia el reclinatorio, levanta la frente y mira al Cristo.)

¡Cristo, mártir del amor,

que espiraste en un madero,

purísimo redentor

que en la cumbre del Tabor

nos diste el adiós postrero!

¡Hermosa estrella de Oriente

que los mundos iluminas,

y a quien el mundo inclemente

una corona de espinas

puso cruel en la frente!

¡Tú, que a la tierra bajaste

a redimir el pecado,

y tu sangre derramaste!

¡Tú, que en la cruz enclavado

por tus verdugos lloraste!

¡Tú, que desde la eternal

mansión de la Providencia

ves del pecador mortal,
como a través de un cristal,
las manchas de la conciencia,
tú sabes lo que sufrí,
tú ves el llanto en mis ojos!
¡Todo lo espero de ti,
y al verme a tus pies de hinojos,
Jesús, ten piedad de mí!

(Cae de rodillas y apoya la frente sobre el reclinatorio. Muy poca luz en la escena. El cuerpo de JUSEPA se confunde con el fondo oscuro del reclinatorio. ALONSO aparece en la ventana y salta a la escena sin hacer ruido; lleva la capa arrollada al brazo izquierdo, el traje un poco desordenado y la barba de ocho días; dirige una mirada en derredor suyo y se lleva la mano al pecho, como para respirar. Pausa.)

Escena IX

JUSEPA dormida en el reclinatorio. ALONSO junto a la ventana.

ALONSO

Más me sirve la ventana
para mi plan que la puerta,
y pues el paso me allana,
el vulgo dirá mañana
que entré por hallarla abierta.
Por fin, ya quiere mi suerte
que libre y solo me vea. (Pausa.)
En esta casa se advierte
el frío soplo que orea
el silencio de la muerte.
¡La muerte!... ¡La eternidad!...
¡Noche oscura!... ¡Tempestad
que aquí en el alma se anida,
principio de eterna vida,
luz que alumbra la verdad!
¿Por qué a la duda me entrego?
Materia, a morir disponte,
que el alma va a saber luego
qué hay detrás de ese horizonte
que esmalta el sol con su fuego.
Aquí he venido a lavar
con sangre impura una falta;
esta arma me ha de vengar,
pero al tocarla me falta

aire con qué respirar.
Siento a un tiempo odio y amor,
me falta y me sobra el brío;
pide venganza mi honor,
y hiela mi sangre el frío
y arde mi frente en calor.
¿Por qué dudo? ¿No he venido
a matarla y a morir?...
¡Corazón... por Dios te pido
que aminores tu latido,
pues me mata tu latir!
¿Por qué enclavado me quedo
y quiero andar y no puedo?
¿Qué hay en mi mente confusa?
¿Es esto que tienes miedo,
o es la conciencia que acusa?
¡Acabemos!... Me infamó,
y pues mi honor atropella,
mi honor debo vengar yo,
matando primero a ella,
después... matándome yo.

(Saca el puñal y comienza a recorrer la escena hasta llegar cerca del reclinatorio, donde se halla JUSEPA. Al verla, se estremece, se sonríe, retrocede y la contempla diciendo en voz baja y reconcentrada.)

¡Ella ante Cristo postrada!
¡Ella ante su Dios dormida!
¡Adúltera fementida,
ni aun esa imagen sagrada
ha de salvarte la vida!...

(Levanta el puñal para herir a JUSEPA, y se oye en la alcoba la voz del viejo SALVADOR.)

SALVADOR
(Como soñando.) ¡Alonso!

ALONSO
(Retrocede aterrado.) ¡Ah!

SALVADOR
¿Dónde estás?

ALONSO
¡Mi padre! ¡Dios soberano!...

SALVADOR

Ven, hijo. ¿Por qué te vas?
¿No ves que a tu padre anciano
muerte no viéndote das?

(ALONSO se acerca tímidamente a la alcoba, levanta la cortina y ve a SALVADOR dormido en un sillón, con los dos niños en brazos; los contempla y dice con acento reconcentrado.)

ALONSO

¡Celos que aquí sin cesar
causáis tormentos prolijos!
¡Celos que hacéis olvidar
que en este bendito hogar
están mi padre y mis hijos!
¡Déjame, fuego homicida,
que a la infamia me convida!
¡Desarma mi impía mano,
que esos niños y ese anciano
necesitan de mi vida!

(Llaman a la puerta de la calle. ALONSO mira aterrado en derredor suyo. JUSEPA comienza a incorporarse. ALONSO entra precipitadamente en la alcoba y corre la cortina, quedando oculto.)

JUSEPA

Creí oír... ¡Siempre el recelo
turbando el dulce reposo!...
(Llaman segunda vez.)
No me engañé... Sí, es mi esposo.
A terminar va mi duelo.
(Corre a abrir, y al ver a LEONA se queda mirándola con asombro.)

Escena X

JUSEPA, LEONA y luego ALONSO.

JUSEPA

¿Tú a estas horas y sola?...

LEONA

(Conmovida y dominando apenas la inmensa alegría de su alma.)
Cumpro así con mi deber.

JUSEPA
¿De dónde vienes?

LEONA
De ver
al Capitán Ibarrola.

JUSEPA
(Retrocediendo un paso con marcado asombro.)
¡Al Capitán!

LEONA
¡Sí, por Dios!
Fui a buscarle a su aposento,
y hemos hablado un momento
de cierto asunto los dos.

JUSEPA
¡Tú de ver al Capitán!
sin mi permiso! ¿Qué has hecho?

LEONA
Jusepa, ensancha tu pecho,
término pon a tu afán,
alegra el alma, respira,
pues D. Martín, generoso,
para volverte el reposo
me entregó las cartas. ¡Mira!

(LEONA enseña una cartera. JUSEPA lanza un grito. ALONSO sale de la alcoba y las contempla cruzado de brazos.)

JUSEPA
¡Las cartas! ¡Ah! ¡Nos salvaste!
La vida y la honra me diste;
pero ¿cómo conseguiste,
dime, cómo lo lograste?

LEONA
Harta de verte llorar,
de tanta pena afligida,
dije: ¿Qué importa mi vida
si yo la puedo salvar?
La gratitud y el amor
me dieron aliento tal,

que, armándome de un puñal,
corrí a defender tu honor.
Llego, con rudo ademán
cierro la puerta por dentro,
y frente a frente me encuentro
con el bravo Capitán.

Dijo al verme: -¡Vive Dios!
¿Así asaltáis mi aposento?-
Y por un breve momento
nos contemplamos los dos,
él con la frente serena
y en mí fija la mirada;
yo con mi vista clavada
en su noble faz morena.

-Observo algo de amenaza,
añadió, en tu rostro altivo.
Diga pronto ¡por Dios vivo!
a qué viene la rapaza.-

-Vengo, añadí, a suplicaros
que un retrato que tenéis
y unas cartas me entreguéis,
y si no, vengo a mataros.-
Al escucharme se irguió
su noble figura altiva,
me miró de abajo arriba
y luego se sonrió.

-Nunca riño con mujeres,
dijo, y con gozo te escucho;
tú debes quererla mucho,
puesto que matarme quieres.-

-¡Por Dios, escuchad mi ruego,
pues mi gratitud no olvida
que al darle la honra y la vida
no pago lo que la debo!-

Caí a sus plantas de hinojos,
me contempló con ternura,
y que vi se me figura
una lágrima en sus ojos.

Aquella lágrima fue
luz hermosa de esperanza.

Un paso Ibarrola avanza
y dijo: -Me vengaré
de su falsedad artera,
de sus perjurios alevés.
Toma, paga lo que debes,
devuélvela esta cartera.

Ni mis desdenes altivos
ni mi nobleza te asombre,
que desde hoy borro su nombre
del gran libro de los vivos.-
Cuando esto dijo su boca,
sentí de amor un exceso:
me levanté, le di un beso
y escapé como una loca.
Toma, calma la inquietud
que en riesgo puso tu honor,
y este rasgo de mi amor
perdona a mi gratitud. ()

JUSEPA

¡Bendita seas! ¡Bendito
el caudillo castellano!

(ALONSO se coloca en medio de las dos, arranca la cartera de las manos de JUSEPA, y se queda con el brazo extendido y en actitud amenazadora. JUSEPA y LEONA lanzan un grito mezclado de alegría y asombro.)

Escena XI

Dichos, ALONSO y DOÑA INÉS.

ALONSO

¡Por fin ya tengo en mis manos
las pruebas de tu delito!

JUSEPA

¡Alonso! ¡Libre! ¡Oh ventura!

LEONA

¡Maestro!

(ALONSO en medio del teatro con la cartera en la mano y dirigiendo miradas feroces a su mujer.)

ALONSO

¡Maldita seas!

JUSEPA

¡Ah! ¡Las cartas! ¡No las leas!

ALONSO

¡Aparta, mujer impura!

(DOÑA INÉS se coloca al lado de ALONSO y le dice aterrada.)

DOÑA INÉS

¡Refrena el delirio insano,
oye su voz condolida,
que una honra y una vida
se hallan dentro de tu mano!

JUSEPA

¡Oye, esposo mío, escucha!

DOÑA INÉS

¡Me pierde este desdichado!

(JUSEPA, como comprendiendo que sólo pueden salvarla el padre y los hijos, se dirige hacia la alcoba y dice con uno de esos gritos que sólo pueden salir del alma de una madre.)

JUSEPA

¡Hijos, que padre ha llegado!

¡Padre!...

(Baja nuevamente al proscenio.)

SALVADOR

(Desde dentro.) ¡Alonso!

DOÑA INÉS

¡Horrible lucha!

(ALONSO en medio del teatro apretando la cartera entre las manos, y sonriéndose de un modo nervioso. SALVADOR, con el mayor de los niños, sale de la alcoba, se abraza a su hijo, que apenas le hace caso. El niño se coge al brazo de su padre. DOÑA INÉS aterrada junto a la puerta. JUSEPA y LEONA dirigiendo miradas suplicantes a ALONSO. En este momento se oye fuera la voz de JERÓNIMO.)

SALVADOR

¡Hijo! ¡Cuánto ansiaba verte!

NIÑO 1.º

¿Ves, madre, cómo ha venido?

ALONSO

¡Pobre viejo, hijo querido,
os abrazáis a la muerte!

Escena XII

Dichos, EL CONDE, JERÓNIMO y JUAN.

JERÓNIMO

¡Aquí está Alonso, venid!

EL CONDE

Por fin te pude encontrar.

JERÓNIMO

Nos has hecho pasear
de cabo a rabo Madrid.

EL CONDE

En vez de hallar la alegría
y el gozo en estos instantes,
se nota en vuestros semblantes
el dolor y la agonía.
¿No perdonó tu locura
clemente su majestad,
y al darte la libertad
su protección te asegura?
¿Qué más puedes exigir
del rey Felipe Tercero?

ALONSO

¡Nada! ¿Sabéis lo que quiero?
Poco... ¡Matar y morir!

EL CONDE

¿Qué dices?

ALONSO

Pruebas poseo
de mi deshonra. Aquí están.
Su amante es el Capitán
Ibarrola.

EL CONDE

No lo creo.

ALONSO
¿No las veis?

(Indicándole la cartera. Momento de asombro en DOÑA INÉS, JUSEPA y LEONA.)

EL CONDE
(Con mucha calma.) Estás demente.

ALONSO
¿Pero no las veis, señor?

EL CONDE
(Dirige una mirada a JUSEPA, como para tranquilizarla, y dice con altivez.)
El que duda del honor de tu honrada esposa, miente.

ALONSO
¡Que miento siendo verdad!
¡Esto más, Dios soberano!
¡Si las tengo en esta mano!...

EL CONDE
¡Mientes!

(ALONSO, después de un momento de lucha, tiende el brazo con energía y dice.)

ALONSO
¡Leedlas!... ¡Tomad!
(Movimiento general de terror en las mujeres. DOÑA INÉS se apoya en una silla, como si fuera a caer. JUSEPA y LEONA retroceden un paso aterradas. EL CONDE coge la cartera y se dirige adonde está la luz del Cristo pausadamente. JERÓNIMO y JUAN miran con interés el cuadro. Esta situación queda a cargo de los directores de escena.)

JUSEPA
(A ALONSO.) ¡Qué has hecho!

LEONA
(Aparte.) ¡Dios infinito!

EL CONDE
(Aparte.) Yo salvaré a esa mujer...

DOÑA INÉS
¡Ay de mí!...

JUSEPA

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

(Lucha un momento. ALONSO la contempla sonriéndose, y señalándola con el dedo, dice.)

ALONSO

¡Lleva en la faz el delito!

(EL CONDE lleva al reclinatorio pausadamente, se dispone a abrir la cartera y dirige una mirada tranquilizadora a JUSEPA, la cual en un arranque se coloca junto al CONDE, y dice extendiendo el brazo.)

JUSEPA

Esperad, noble señor.

Dudando me hace una ofensa

mi esposo, y a la defensa

vos salisteis de mi honor.

Si Dios un milagro hiciera,

y el Cristo que estáis mirando,

la palabra formulando,

sus santos labios abriera

para defenderme a mí,

mi esposo le escucharía,

y hasta de Dios dudaría,

porque un celoso es así.

Ver y creer; pues que vea.

(Arranca la cartera al CONDE con violencia y se la da a su esposo, que dice que sí con un movimiento de cabeza.)

Toma, y pues tanto me humillas,

vas a leer de rodillas,

y que Dios nuestro juez sea.

(JUSEPA conduce a ALONSO hasta el reclinatorio. ALONSO mira a JUSEPA, que sostiene con altivez la mirada; mira a su padre, que también le mira con enojo; mira al Cristo, y baja la frente, cayendo de rodillas. Abre la cartera con temblorosa mano, fija los ojos en el medallón, lee una carta para sí, exhala un grito, y dice dirigiéndose alternativamente a su esposa y a su padre:)

ALONSO

¡Qué veo! (A JUSEPA.) ¡Perdón!...

(A su padre.) ¡Perdón!...

JUSEPA

¿Qué merece el indiscreto?

SALVADOR

Aquel que roba un secreto
es un vil, es un ladrón.

JUSEPA

(En voz baja.)

Piensa el dolor de mi hermana,
y esas cartas...

ALONSO

(En voz baja.) ¡Ah! Descuida,
que antes me arrancan la vida.

(Ocultando la cartera precipitadamente en el pecho.)

JUSEPA

(En voz baja.) Yo se las daré mañana.

(Alto.) Dios por fin iluminó
las tinieblas de su mente. (Pausa.)

EL CONDE

Si Jusepa es inocente,
¿quién es la culpable?...

(Momento de angustia. LEONA se coloca en medio de todos, y dice con energía.)

LEONA

¡Yo!

No quiero hacerme la santa.

¿Qué hay en ello que os espante?

¿Es nuevo que tenga amante
una joven comedianta?

Muchas tienen, aunque hay más
que se los dan de prestado.

La calumnia no ha olvidado
a las cómicas jamás.

Jusepa quiso evitar
que mi maestro supiera,
y hoy, aunque ocultarlo quiera,
ya no lo puedo ocultar.

Y pues sabéis lo que pasa,
por mí más no os inquietéis,
y si indigna me creéis,
arrojadme de esta casa.

(JUSEPA y DOÑA INÉS corren y abrazan a LEONA. EL CONDE se acerca a ALONSO, y dice.)

EL CONDE
No más celos.

ALONSO
¡No, por Dios!

DOÑA INÉS
(A JUSEPA y LEONA.)
¡Me ha salvado!

JUSEPA
(Aparte.) ¡Y se ha perdido!

ALONSO
Jusepa, padre, no olvido
que indigno soy de los dos.

JUSEPA
Los celos, Alonso, son
el verdugo de uno mismo,
y en el fondo de un abismo
sepultan nuestra razón.
Ellos nos roban la calma,
convierten en noche oscura
el sol de nuestra ventura
y la hermosa paz del alma.
No me ofendas ni maltrates;
mas si de mi honor me olvido,
por tus hijos te lo pido,
que me mates... que me mates.

ALONSO
¡Jusepa!

JUSEPA
Cese tu afán,
alza la frente serena,
y a ganar sobre la escena
de tus hijuelos el pan.
No borres de tu memoria,
con orgullo temerario,
que es el teatro un calvario

que nos conduce a la gloria.
Sigue, pues, su hermosa luz,
que el nacer fue tu pecado,
y en tus hombros resignado
lleva del arte la cruz.

FIN DEL DRAMA